

La Chimbachina - Ahuashiyacu

La Chimbachina

Ahuashiyacu

Runa-mulas, brujas y curanderos

Eleuterio Merino Serkovi

Eleuterio M. Merino Serkovic

REFORESTACION

Es posible reforestar todos los terrenos degradados del departamento de San Martín, y toda la Amazonia; sin gastar dinero solamente Instruyendo a todos los ciudadanos que se movilizan por la zona... Utilizando plantas adecuadas para ese fin - Puede recojer información y semillas llamando al celular: 942470720 / Rpm; *403802; Cordialmente.

LA CHIMBACHINA

LA CHIMBACHINA

Eleuterio M. Merino Serkovic
Jr. Cabo Alberto Leveau 161
Tarapoto – San Martín – Perú
Cel.: +51-942-470-720

Hecho el depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú

Impreso en Perú/ Printed In Perú

Primera Edición

Corrección de texto
Lic. Guillermo Flores

Impreso en:
Calidad Gráfica E.I.R.L.
Jr. Cabo A. Leveau 414 – Cel.:942957648
Tarapoto – San Martín – Perú

Copyright 2015
Eleuterio M. Merino Serkovic



La Chimbachina

Eleuterio M. Merino Serkovic



Este libro está dedicado a mi esposa María Morey Flores; a mis hijos: Caridad; Amparo, su esposo y sus dos hijos, Germán Samuel; Moisés y su esposa; y a la memoria de mis padres don Moisés Merino Romero y doña Higinia Serkovic Rojas, QEPD y DDG.

AGRADECIMIENTO

*A mi familia,
Por su valioso apoyo.
A los señores:
Carlos Tafur Ruiz,
Julio Quevedo Chávez,
Mariano Ochoa Ruiz y familia,
Humberto Villacorta Meléndez y familia,
Teófilo Matías Valentín,
Dr. Augusto Durand Merino,
Dra. Francia Merina Durand Merino.*

Sobre el autor

Eleuterio M. Merino Serkovic nació en Tantamayo, provincia de Huamalíes, departamento de Huánuco, el 10 de febrero del año 1937. Estudió la primaria en su pueblo natal, luego se trasladó a Tingo María, en donde cursó la secundaria en el prestigioso colegio Padre Abad, en horario nocturno, y trabajó en la Estación Experimental de la Selva, actual sede de la Universidad Agraria de la Selva. En este centro se desempeñó inicialmente como obrero calificado en la especialidad de reproducción vegetativa de las numerosas variedades de cacao traídas de diversas partes del mundo, bajo la supervisión del ingeniero agrónomo Alfonso Hurtado, científicos de varios países y diferentes universidades empeñadas en la productividad de la agricultura, la forestería y la recuperación de los suelos degradados. Cobraron gran auge la shiringa, la palma aceitera que recién llegaba al Perú, el café, barbasco, bambú y diferentes variedades de cítricos, los plátanos, el arroz y su cultivo en charco, la introducción del ganado cebú, variedades de maíz y la especial importancia de las leguminosas por sus propiedades benéficas para el suelo y el medio ambiente.

Los conocimientos adquiridos por él, le valieron ascender a varios cargos en diferentes departamentos de experimentación; viendo de cerca los resultados de cada experimento y maravillado con estos logros, llegó a Tarapoto en el año 1960 y quedó embelesado por las infinitas bondades de los sanmartinenses y la inmensa riqueza de su flora y fauna. Recorrió valles, ríos, quebradas, cerros, montes, playas, malos pasos, riachuelos, acompañado por residentes de esos lugares, disfrutando de la libertad y el cariño sin límites de cada una de esas personas, cazando, pescando, recolectando frutos y toda clase de comestibles. Después de un tiempo de intensas “vacaciones”, un 9 despertó de sus doradas experiencias y pidió prestado un pedazo de terreno al doctor Luis Máximo Sánchez Ruiz, en el distrito de la Banda de Shilcayo, quien le cedió amablemente, y allí trabajó día y noche injertando plantas de cítricos, como naranjas, limas, limones rugosos

(algunos agricultores, creyendo que eran naranjas, las sustrajeron y sembraron en sus chacras y hoy los utilizan para hacer los ahumados). Con esta actividad, Eleuterio Merino hizo algunos ahorros y en su afán de hacer otros cultivos compró el inmueble denominado Nueva Esperanza, con 24 hectáreas, en donde desarrolló la agricultura de panllevar y frutas, introduciendo 50 variedades de mangos para utilizar el germoplasma en la multiplicación masiva de estas variedades. Simultáneamente se dedicó a la búsqueda y sembró de variedades de yuca de alta productividad para la preparación de almidón, fariña y hojuelas, consiguiendo buenos resultados e interesando a varias instituciones agrícolas. Pero sus actividades principales fueron la fotografía y el comercio.

Actualmente, con sus 78 años, sigue activo en la crianza y comercialización de abejas melíferas, mejorando la producción con sistemas avanzados y dando a este rubro una especial atención en las diferentes modalidades en explotación racional. Junto a esta actividad, su deseo innato es el de reforestar la Amazonía con tres variedades de arbustos: El cliricidio, la eritrina y la *Leocaena leococephala*, siendo más importante esta última, cuyas semillas, Eleuterio las ha regado en los bordes de caminos y orillas de ríos y quebradas, estando en la actualidad bastante difundido. Es un arbusto de gran importancia forestal por sus características de crecimiento y enriquecimiento de los suelos de cultivo, sumamente útil como sombra para cultivos de café, cacao y cítricos; buena leña, melífero y hermoso.

Por eso Eleuterio invita a reforestar las tierras degradadas de toda la Amazonía, sin gastar mucho dinero y con resultados óptimos.

Carlos Tafur Ruíz

Presentación.

La Chimbachina: Cuando los pueblos del Perú tenían escasas vías de comunicación, especialmente carreteras, en los Andes amazónicos usaban las acémilas y también “cargadores” que llevaban las mercancías a los diferentes pueblos, destacando los nativos por su fortaleza y conocimiento. Los ríos de la Amazonía han servido como medio de transporte en todos los tiempos, el río Mayo era un escollo que se tenía que cruzar para ir a la ciudad de Moyobamba y otros pueblos; allí destacaban las **chimbachicunas**.

La runa-mula amiga: Era una vecina de Partido Alto, Tarapoto era una mula muy apreciada y conocida.

La runa-mula sagrada: Esta historia espeluznante muestra el castigo por inmiscuirse en actos prohibidos por la moral y la religión y parece ser el origen de todas las historias relacionadas con el tema de las bellas y encantadoras runa-mulas.

La runa-mula de Tabalosos: La cualidad ancestral de las gentes de meterse en la vida privada de las personas hizo que el párroco de Lamas calificara positivamente las características religiosas de esta bella oveja, pero las lenguas bífidas pudieron más y un día infeliz se cumplieron las sospechas de las sexagenarias que se calificaban de ¿santas o santeras?.

La runa-mula de Partido Alto: Nadie puede servir a dos señores, esta mula muy conocida y codiciada quiso experimentar la doble santidad, pero se equivocó y de tanto rezar y confesar se convirtió en mula de dos frailes, esta era la vecinita estimadísima del barrio

La runa-mula de Pucallpa: El compadre que encontró en el seno de su comadre todos los dones de belleza y amor., sucumbió a sus encantos y la condenó a ser cabalgada por el mismo diablo,

dejándola marcada de cuerpo y alma y todos los escándalos encima.

La Princesa Awashi.

Recopilado por Pedro Miqueas Chauca Ortiz.

Relato que se refiere a los orígenes del nombre de las cataratas de Awashiyacu en las cercanías de la ciudad de Tarapoto, entre la gran cadena montañosa de los últimos contrafuertes para llegar al inconmensurable llano amazónico; estas montañas se denominan “Cerro Escalera” por su especial característica y la fuente de las aguas que llegan al río Cumbaza, de clima apacible, hábitat de los gallitos de roca, las tanrillas, monos y múltiples animales, las múltiples variedades de mariposas, exóticas plantas y un paisaje imponente donde los sentimientos se regocijan como en los primeros tiempos de la vida.

Los baños de La unión y La cueva del chullachaki.

Recopilado por Carlos Gonzales Hernández

Cada pueblo tiene sus personajes que marcan una especial manera de ser y de eso derivan relatos fantasiosos que hurgan hasta en lo más íntimo de lo sentimental; así la ingenuidad, y la inocencia dan margen a estos relatos que coinciden con el comportamiento de sus pobladores, las creencias, los duendes, espíritus del monte, de las cuevas, ríos, quebradas y nacen la leyenda de las atractivas runa-mulas.

Las leñas verdes: En el río Amazonas de cautivante exuberancia de incontables tributarios de llanuras interminables guarda en su seno todos los misterios de la vida, así es un día con amigos iniciamos el recorrido hacia las entrañas de un caudaloso río. En Iquitos nos embarcamos en una canoa con pamacari y un motor pec pec que nos llevó hasta el Pijuayal; la belleza cautivante del entorno nos fascinaba cada día más, como la curiosidad es avasallante fuimos a las cabeceras del río Ampiyacu, con sus habitantes pintados de rojo, blanco y negro, con sus labios verdes, por la ingesta de coca molida y su escaza

vestimenta llamados los Pucaurquillos. Por las demostraciones de amistad y comprensión, pedimos que preparan masato para una borrachera de ocho días, del que disfrutamos a plenitud“Con música, danza, masato, carne, dama y dama” nos olvidamos del mundo.....

Las hunganas: En los años 1945, las vías de comunicación eran escasas y en los pueblos de la Amazonia solamente habían caminos y trochas rudimentarias, por esta razón cada poblado tenía un camino sombreado por gigantescos árboles, la selva ínsita a recorrerlo todos los días tiene un encanto inconmensurable, es así que recorriamos largas distancias en varias jornadas de un pueblo a otro. Un día de acontecimientos espeluznantes al estar yendo de Tingo María a Monzón a mitad de camino fuimos sorprendidos por una inmensa cantidad de huanganas, aunque pasamos un susto tremendo pero la recompensa fue que degustamos una sabrosa carne ahumada, con masato, plátano y yucas.

Índice

* <i>La Phimbachina</i>	19
* <i>Los baños de la unión</i>	27
* <i>La princesa Awashi</i>	31
* <i>Las leñas verdes</i>	35
* <i>Las huanganas</i>	61
* <i>La amiga runa-mula</i>	81
* <i>La runa-mula sagrada</i>	83
* <i>La runa-mula de Tabalosos</i>	87
* <i>La runa-mula de Partido Alto</i>	91
* <i>La runa-mula de Lucallpa</i>	95

La Chimbachina

De cómo un nativo hizo su ingreso triunfal a la ciudad Lamas.

Quienes viajaban a Tabalosos, Roque, Moyobamba, Rioja y otros pueblos, incluyendo los de la costa, tenían que cruzar el río Mayo en las cercanías del poblado de Shanao y lo hacían en canoas y balsas, tanto ellos, sus equipajes y también las acémilas, habían ocasiones en que se aglomeraba la gente solicitando la chimbada. Estas actividades eran efectuadas por personas del lugar que generalmente eran varones, los que en forma simultánea a sus obligaciones hogareñas

ejercían el trabajo de hacer pasar a los viajeros al otro lado del río y como las aguas no eran de un caudal constante, ocurrían algunos percances. Un lamisto apellidado Satalaya era el encargado del transporte y tenía ayudantes, que a veces faltaban; en horas de la mañana lo hacían muy bien, pero en las tardes tenían desgano por los efectos embriagantes del masato, el ventisho o la mula supí.

Cierto día, una numerosa delegación de políticos, aproximadamente cincuenta personas con sus acémilas, que iban a Moyobamba para asistir a un gran mitin partidario pidieron que los transportaran al otro lado del río Mayo, por lo que tres chimbachicunas al mando de Satalaya embarcaron pasajeros, equipajes y acémilas en tres balsas al mando de un ayudante cada una; Satalaya, que estaba semiborracho, no se dio cuenta de la capacidad de las balsas, el río había crecido de caudal y las corrientes eran más fuertes; el puerto se caracterizaba por el remanso formado por las aguas tranquilas, y como los muchachos lo hacían siempre, con mucha facilidad desataron las amarras y las empujaron hacia la corriente, pero no pudieron controlar las balsas por la excesiva carga.

Satalaya, desde la orilla gritaba: chimbachinas, chimbachinas, chimbachinas; los ayudantes que también estaban borrachos se burlaban del instructor, riéndose y haciendo ademanes de remar, sin embargo, la corriente los jaló al centro del río y no pudieron atracar en el lugar de costumbre y siguieron bajando. Los pasajeros gritaban en todos los tonos auxilio, auxilio, las gentes que

los miraban desde las orillas querían ayudarlos, los propietarios de canoas que estaban en ambas orillas del río empezaron a seguirlos haciendo un gran desfile; mientras tanto, las balsas con sus preciosas cargas ya se acercaban a los malos pasos, las acémilas que iban con sus cabezas sobre las balsas y el resto de sus cuerpos hundidos en el agua empezaron a encabritarse, por lo que los ayudantes, sin saber qué hacer ante la amenaza de los pasajeros, optaron por soltarlas, produciéndose un espectáculo desesperante. Los caballos desesperados empezaron a nadar dirigiéndose a ambas orillas del río.

Una vez aligerada la carga, los canoeros pudieron controlar las balsas, pero después que en los malos pasos perdieron equipajes y se mojaron todas sus pertenencias. La gran cita política en Moyobamba se frustró y sus enemigos políticos los llamaron “los ahogados”. Los pasajeros que fueron rescatados por los canoeros hicieron un alto horario en el poblado de San Miguel del río Mayo, desde donde tuvieron que caminar, unos hacia la ciudad de Lamas, otros a Tarapoto y a estos se les llamó “los náufragos” o “los chimbachinas”. Este percance fue el comentario de todas las gentes quienes se burlaban de sus desgracias. Satalaya fue citado por el gobernador de Lamas, rehusándose a ir a declarar voluntariamente, diciendo que él no tenía la culpa sino sus ayudantes, y esto motivó una orden de comparecencia de grado o fuerza

El teniente gobernador y dos ayudantes fueron a Shanao para apresar a Satalaya, quien al verlos llegar sacó una tinaja conteniendo chicha de maíz a la que le

había agregado jugo de caña fermentada, convirtiéndose este preparado en un licor agradable y aromático; al momento de servirlos, el dueño de casa les dijo: Deben tener mucha sed, hay que tomar la chicha, sacó un pate y les invitó. Los sedientos visitantes tomaron la chicha con repetición, Satalaya empezó a entonar su pequeña flauta-pifano y su diminuto tambor, dejándolos completamente dormidos, entonces alistó sus utensilios de caza y se fue al monte. Cuando despertaron los comisionados como a la medianoche, la señora les comunicó que su marido se había ido de cacería y que regresaría la próxima semana; las tres autoridades volvieron entonces a Lamas y con mucho recelo y avergonzados contaron lo sucedido, pero el gobernador, que no dio crédito a los relatos, muy molesto, imperativamente ordenó que los metan al calabozo 48 horas por viciosos y negligentes. Después de esta triste experiencia, la gente comentaba la ineficiencia de las autoridades para poner orden y resguardar a la ciudadanía.

Cuando habían pasado varias semanas y ante los reclamos airados de los náufragos, el gobernador envió tres alguaciles para que capturaran a Satalaya a como diera lugar, pero antes les advirtió de las mañas del requisitoriado, por lo que decididos a llevarlo se dirigieron a Shanao, salieron muy temprano de Lamas, llegando al amanecer a la casa del requisitoriado; este, al darse cuenta que lo buscaban, mandó a su mujer a recoger agua del río y cuando le preguntaron por su marido, ella dijo: Yllanmi, está ausente. Como habían sido advertidos por el superior y temerosos de regresar

sin él no la creyeron y se acercaron a la casa llamándolo por su nombre y nadie respondía, pero se dieron cuenta que había una persona dentro de la habitación de Satalaya, entonces violentaron la puerta y para sorpresa de ellos encontraron a una señora muy bien vestida, adornada con cintas y peinetas en su cabellera, blusa limpia, igual que la falda, abundantes polleras con sus pañuelos de colores a la cintura y otros adornos, varios collares en su cuello, el rostro pintado con achiote, una gorra hecha de cuero de mono negro que semejaba una cabellera natural femenina; confundidos los alguaciles preguntaron por Satalaya y esta con señas dijo no saber de él, cargó su quipi y se disponía a salir por la puerta de la cocina mientras los recién llegados se preguntaban qué ocurría, salió la mujer con su equipaje a la espalda con mucha tranquilidad pero uno de los alguaciles se acercó a ella y se dio cuenta que sus pies no eran de una dama, eran extraños, entonces alertó a los demás compañeros, quienes de inmediato “enlazaron al toro” y sin perder tiempo empezaron a subir junto con el preso la empinada cuesta hacia la ciudad de Lamas, despertando la curiosidad de los vecinos, los que al ver los apuros de los alguaciles preguntaron qué pasaba, pero el preso y los tres alguaciles callaron.

El paisaje de casas, árboles, cocoteros, el camino y el río era sumamente hermoso, el sendero era inclinado y en subida la visión cada vez era más amplia, llegando a distinguirse los poblados cercanos. Los aguaciles llevaban una “dama” amarrada y en el camino el detenido pidió que lo desataran los pies porque las sogas

le hacían doler, cambiándole por un pañuelo; los transeúntes al verlos pasar festejaban con chistes y carcajadas y lanzando adjetivos de todo calibre. Los que conocían al preso se decían que siendo él un varón, cuándo se había convertido en mujer, al ver a la tal “señora” muy bien ataviada que a simple vista engañaba con su presencia, pareciéndose a una autentica fémina. Este acontecimiento hizo que varios curiosos siguieran al cortejo para ver su entrada triunfal a la ciudad de Lamas, aumentando el gentío cada vez más, llevado por la curiosidad de ver por primera vez a un reo femenino.

Los aguaciles empezaron a preocuparse creyendo que era una treta y pusieron más cuidado, sin embargo, se propusieron presentarlo lo mejor posible para que el espectáculo tuviese formas de autenticidad y festividad. El camino empinado empezó a tornarse plano, los paisajes se veían amplios y las vueltas y revueltas del río se perdían en la lejanía. Como el poblado de Lamas ya estaba cerca, los cuatro caminantes se sentían aliviados por las bondades del camino plano, razón por la cual se sentaron en unos muros a descansar un poco y en el horizonte se veían algunas casas. Cuando reiniciaron la caminata oyeron a la distancia música folclórica que cada vez estaba más cerca de ellos; por la cercanía a un trapiche los que integraban el grupo con música compraron aguardiente y la fiesta ya estaba organizándose cuando apenas dos kilómetros faltaban para la llegada triunfal de Satalaya al lugar de donde habían salido las amenazantes órdenes del señor

gobernador. Mientras tanto al trapichero le faltaban manos para vender el ardiente licor.

Como era un acontecimiento nunca antes visto en Lamas, cuanto más se acercaban a la gobernación, el tumulto aumentaba, sumándose hombres, mujeres, ancianos, niños, perros, queriendo saber sobre el elegante personaje con traje festivo. Los alguaciles se abstuvieron de hablar temiendo que los curiosos podrían rescatar a Satalaya, quien no quería hablar en el camino, pero empezó a cantar canciones acordes con las tonadas de los músicos creando un ambiente de muchas interrogantes, que parecían despedidas o llegadas, que se celebraban en estas comunidades en acontecimientos festivos. Cuando el grupo de curiosos ya llegaba al centenar, informados de qué se trataba, empezaron a gritar repitiendo en coro al son de los tambores y flautas: Chimbachina, chimbachina. chimbachina. Como estos gritos parecían ya amenazantes, el gobernador, creyendo que la turba podría atentar contra él, mandó a un alguacil que avisara a los huiracuchas para que viniesen en su auxilio. Estos de inmediato cerraron sus tiendas y se dirigieron a las oficinas de la autoridad formando un cerco compacto, pero la calle donde se encontraba la gobernación era estrecha e inclinada distando de ambas bocacalles como de cuarenta pasos hacia arriba y treintaicinco pasos hacia abajo; al ver esto, el gobernador ordenó que no siguieran avanzando, varios huiracuchas intervinieron, entonces la multitud dejó de caminar, pero las flautas y tambores seguían tocando con más entusiasmo y gritando chimbachina, chimbachina.

Los tres alguaciles que tenían agarrado de un brazo a Satalaya empezaron a caminar hacia las oficinas de la autoridad, los treintaicinco pasos se hacían lentos. Satalaya alzó la cabeza y rehusó seguir caminando, pidió agua y de la multitud le alcanzaron un frasco conteniendo aguardiente, los alguaciles le ayudaron y él bebió con apuro. Asomó la cabeza del gobernador diciendo que nadie se moviera y caminó los pasos restantes al encuentro del arrestado, ordenó que lo desataran y le extendió la mano saludándole con humildad; desde allí, ambos fueron a la oficina en donde fue “invitada” a sentarse, pero la gente seguía gritando y los tambores entonaban una marcha de cajada con sabor a fiesta popular, lo cual asustó al gobernador; empezó el interrogatorio, el secretario preguntaba sobre el accidente de las balsas, Satalaya contestaba noga manam chimbachina; los quince minutos que duró el interrogatorio contestó con esas tres palabras. Finalmente, el gobernador exculpó a Satalaya de todo acto delincuencia, le tomó del brazo y caminaron juntos hasta donde se encontraban los músicos y se despidió de él con cordialidad.

El griterío se generalizó, los músicos entonaron ritmos de pandilla y todos los curiosos querían bailar con Satalaya, extendiéndose la fiesta por toda la ciudad. El gobernador se frotó las manos y dijo: Chimbachina, chimbachina, yo también quiero pandillar.

Los baños de La unión y la cueva del Chullachaki.

Recopilado por: Carlos Gonzales Hernández

Buscando nuevos atractivos para ofrecer a los turistas que visitan Tarapoto, salimos caminando muy temprano desde Puerto Palmeras con destino al caserío de La unión; luego de tomar un refrescante jugo de caña en uno de los trapiches del lugar, continuamos nuestro recorrido hacia el río Pukayaku donde encontraríamos los conocidos safios de La unión y la cueva del chullachaki.

En el camino, nuestro guía, el ornitólogo Nicolás Flores, a la vez que nos orientaba sobre las numerosas aves que íbamos encontrando a nuestro paso nos contaba que los baños de La unión en realidad se conocieron antes que existiera el mismo caserío y que se llamaba así

porque en ese lugar acostumbraban demostrar su amor las parejas de enamorados uniéndose en sus cristalinas aguas y revoloteando desnudos en sus pozas naturales.

Cuenta la tradición popular, según nos relata nuestro guía Nicolás Flores, que, en Tarapoto, ciudad amazónica conocida como la Ciudad de las palmeras, y nominada por el Chema Salcedo de RPP como la capital de la gastronomía amazónica, vivía un próspero empresario farmacéutico que había seducido y mantenía una relación amorosa oculta. Con la esposa de un hacendado de la ciudad de Lamas, ciudad cuyos pobladores son recordados por su ingenuidad y la capital de la inocencia, además de ser la ciudad de los tres pisos. Contrariamente a lo que podía pensarse en el pueblo por ser la señora Lina una persona respetable de la sociedad, ella se había enamorado del empresario y generosamente le correspondía con su amor. Como ambos eran casados y además eran muy conocidos en la zona, tenían que buscar lugares solitarios y apartados para encontrarse y dar rienda suelta a sus apetitos sexuales que solían ser por demás muy apasionados.

Así, en sus encuentros amatorios, los amantes disfrutaron las cataratas de Awashiyaku, los baños del cacique de kanchiskucha, Carpishoyacu. Tirayaku y los baños termales de Paucaryaku, pero fue en los baños de La unión donde solían encontrarse con más frecuencia dada su cercanía a la Ciudad de las palmeras y el encanto natural que rodea el lugar.

Como estos encuentros se hicieron bastante frecuentes, las aventuras de la señora llegaron a oídos del esposo quien no daba importancia a las habladurías del

pueblo pues tenía a su esposa como un ejemplo de virtud y devoción católica, pero como era costumbre en los pueblos amazónicos, los grandes señores tenían grandes amantes y el nutrido hacendado lamista no era una excepción por lo que fue una de sus propias amantes la que le insistió en que su devota pareja era una sacavueltera. Fueron tantos los rumores que al final el hacendado decidió vigilarla con uno de sus peones de confianza y fue así que una tarde fue informado que ella se encontraba en los baños de La unión en compañía de un apuesto caballero.

Muy presuroso el marido, herido por la noticia, se dirigió al lugar donde se encontraba la pareja de infieles, quienes al percatarse de su llegada se ocultaron en la cueva que se encuentra debajo de la primera de las caídas de agua del lugar, a fin de no ser sorprendidos. Cuando el marido decidió llegar nadando hasta la cueva con el propósito de encontrar a su infiel esposa, el amante logró salir del lugar escabulléndose entre las rocas hasta la parte superior de la cueva, donde quedó atrapado de uno de sus tobillos.

La esposa, al ser sorprendida por su marido y conociendo la personalidad del mismo que no era otra que la de un típico ingenuo e inocente lamista, fingió que era con él con quien había llegado hasta ese lugar instándolo a que ojalá no fuera la primera y la única vez, ya que disfrutaba mucho de su compañía. El marido, sorprendido y confuso, replicó que él recién llegaba a ese lugar y la mujer inmediatamente retrucó sonriendo que eso no era posible ya que ella solo seguía a su esposo y además solo él era capaz de hacerla tan feliz por lo que el

marido no tuvo otra explicación de que si ella estaba convencida de que había llegado con él, el causante de esta confusión no podía ser otro que el mismísimo duende del monte conocido como chullachaki que haciéndose pasar por él había conducido a su devota mujer hasta ese idílico lugar.

Luego de prodigarse de caricias y hacer el amor ante la atónita mirada oculta del huidizo amante, los esposos regresaron juntos y acaramelados a Lamas para relatar a sus amistades la experiencia que habían tenido con el chullachaki en los baños de La unión por lo que a partir de esa fecha a ese lugar se le conoció como Los baños de La unión y La cueva del Chullachaki. Por su parte, el empresario, luego de liberarse de la roca que lo atrapaba del pie derecho, se dirigió a su casa y al llegar, fue sorprendido por su querido hermano menor, el politiquero de la familia, que contaba al resto de sus hermanos, mostrándoles su pie desigual, que desde esa tarde había empezado a cojear sin razón aparente alguna, por lo que él, recordando lo sucedido esa tarde, atribuyó el hecho a un castigo del duende de pies diferentes, en la dificultad que desde entonces tuvo para caminar su hermano más querido.

La princesa Awashi.

Recopilado por: Pedro Miqueas Chauca Ortiz.

Don Carlos Mozombite Chujutalli, permaneció inmovible cuando escuchó la noticia de que pronto pasaría una carretera cerca de la vertiente del río Awashiyaku, la marginal de la selva, su mirada se perdió en el horizonte verde buscando una respuesta en la espesura del bosque lejano y sobrecogedor; nos confió entonces que los antiguos solían hablar que nuevas gentes llegarían ansiando poder y riqueza, los animales huirían a los montes más lejanos y los espíritus del bosque se mostrarían más cauteloso... Nuestra llegada fue cubierta por una intensa tormenta, sombría tarde, iluminada tan solo por el destello de los relámpagos y remecida por el retumbar de los truenos. Y

conjugaba con los pensamientos de Carlos Mozombite; agotados por la caminata, el barro gredoso y la lluvia que mojaba hasta el alma, nos ofreció un clarito, que es bueno para la humedad y los huesos y dijo que beberlo era absorber una chispa de relámpago; al deslizarse por el esófago, ¡quemaba! Mezcla macerada de aguardiente puro de caña con cortezas como la “chuchuwasha” que le otorgaba su color caramelo y un sabor intenso a madera seca, pero indudablemente el efecto fue inmediato: renovado vigor, tibieza y predisposición al dialogo, la escenografía era perfecta; sentados en un tronco de “mangua” protegidos por los aleros de la cumba sobresaliendo del tambo, estábamos y no estábamos. El monte nos absorbía y nos retornaba; Mozombite Chujutalli, a quien la vejez le había tratado con mucha indulgencia, afirmaba: cierto, no casi me acuerdo de cuántos años vivo. Y como queriendo mostrar su preocupación empezó a masticar una a una sus palabras, saboreándolas: Muchísimos años antes que llegaran los aventureros españoles, entre la laguna de Pomacochas, al norte del reino de los Chachapoyas, (Amazonas) y la laguna Saucicocha, al sur del imperio de los chankas que liderados por el general Ancoallo se asentaron en Lamas (San Martín), existía un vasto territorio conocido como el cacicazgo de Kanchiscucha, dominado por un insaciable cacique que gustaba de viajar en compañía de hermosas doncellas con las que compartía y disfrutaba románticas aventuras, en los idílicos parajes naturales ofrecidos por la agreste naturaleza de su territorio, que le dieron la gran fama de “mozanderillo” en toda la región amazónica, por sus intensos y apasionados idilios con las

más bellas “huambras” de esos años; padre de una bellísima e incomparable doncella llamada princesa de Awashi, constantemente acosada por los más respetables guerreros chancas que deseaban desposarla; Kanchiskucha no quería que su hermosa hija fuera poseída por varón alguno y sufría infinitamente con solo pensar tamaña posibilidad.

Una mañana del séptimo mes del año, el cacique se encontraba disfrutando con sus doncellas de los placeres mundanos en las pequeñas cascadas naturales que existen hasta hoy en la cordillera camino al Pongo del Cainarachi, sorprendiéndole sobremanera la llegada de su hija acompañada de un joven príncipe guerrero que la cotejaba; el inmenso sufrimiento que le causó este encuentro hizo que el cacique montara en cólera y tomara la decisión de sacrificar a su hija; los espíritus del monte, testigos del sufrimiento de los jóvenes amantes convirtieron a ella en cascada y a su pretendiente en mariposa, pues el deseo del padre fue que nunca pudiesen poseerla. El cacique, atormentado por su acción, llorando amargamente, se perforó el corazón con una lanza sumergiéndose en la fuente de la cascada a la que tiñó con su sangre, buscando reencontrar a su hija en el mundo mágico de la naturaleza amazónica; tal acción suicida le permitiría permanente y continuo viaje por los ríos de la selva permaneciendo por siempre en el monte, atrayendo así a la gente a espectar la magia de Awashiyacu y la mariposa azul revoloteando frecuentemente, preso de su belleza; sin poder acariciarla. Mozombite, luego de degustar la última frase, nos remarcó que fue así como nació la cascada de

Awashiyacu, descubriéndose luego los baños de cacique. Actualmente es notorio y sorprendente el color rojo de sus aguas que a pocos metros se entremezclan con la cristalina corriente proveniente de las pequeñas cascadas que utilizaba el cacique mozandero, visitada no solo por turistas y parejas de enamorados, sino también, tarde a tarde por el gallito de las rocas, exótica ave de plumaje naranja y alas negras, que recrea con sus danzas de apareamiento el recuerdo de las románticas aventuras de Kanchiskucha.

El 12 de julio de cada año, en todos los lagos y lagunas de la región amazónica se dan cita las parejas de enamorados y amantes que celebran, amándose, el aniversario del cacique de Kanchiskucha (Cacique de los siete lagos) a quien emulan buscando encontrar la dicha eterna en el amor.

Don Carlos Mozombite, personaje mítico de los pagos del cerro Escalera, era una mezcla de Shamán y shungo, portador de las tradiciones montaraces, ya en extinción, a nosotros, peregrinos, portadores de una noticia, que a nuestro entender vislumbraba desarrollo, turismo, extracción de productos y cambio de vida, que es lo que en la actualidad significa la Marginal de la selva, hoy renombrada como Carretera Arquitecto Fernando Belaunde Terry en honor a su ideólogo y ex presidente del Perú. Nos sumergimos aún más, sin proponérselo, en la gran paradoja de la existencia amazónica. Mozombite Chujutalli, por aquellos años 60 miraba y veía aun a través de la lluvia, el relámpago y el trueno; hoy, una edificación incongruente con tal idílico paraje, sustituye a su platanal, y el concreto avanza a pasos

agigantados apoyado en las planchas de calamina que ruidosas reciben las gotas de las tormentas, mientras en los techos de cumba se rinden silenciosas y reverentes a la tierra.....

Las leñas verdes

I

Era julio de 1980, mes en el que las aguas del río Amazonas y de todos sus tributarios descenden a su nivel más bajo. En las orillas de los ríos del sector que se conoce como Alto Amazonas, se dejaban ver extensas playas de arena y piedra, y en el sector Bajo Amazonas se veían arenales con palizadas de diferentes formas y tamaños, en las que aves pescadoras, de diversos tamaños y colore, hacían sus nidos o reposaban en las ramas secas.

En los ríos abundaban peces, los cuales, en cardúmenes, nadaban contra la corriente a poblar las quebradas y riachuelos de las partes altas. Los ribereños

aprovechaban esta ocasión para mejorar su alimentación, como también para comercializar el pescado seco y salado, incrementando así sus economías para soportar la escasez del invierno, cuando crecen las aguas.

Atraídos por las noticias de lo que ocurría en estos lugares, llegamos al poblado de Manacamiri y preguntamos dónde quedaba Pillpintoyacu, pues ahí vivía un amigo. Me acompañaba en este viaje Francisco Alcántara y Benjamín Rojas, ciudadanos españoles dedicados a la docencia. El primero de los nombrados era gordo y de mediana estatura, y el segundo, más joven, delgado y no tan alto. Iniciamos la búsqueda de nuestro común amigo preguntando a quienes venían por la trocha cargando sus canastas con yucas, caimitos, guabas, frejoles y otros productos, dónde quedaba Pillpintoyacu y ellos nos respondían “a la vuelta del cerrito”, pero no era cierto. Francisco caminaba agitado por tanto subir y bajar, debido a su peso; al mediodía su piel empezó a enrojecer y no podía respirar debido a una insolación.

Entonces nos apresuramos a desvestirle, lo metimos en un charco que había a un costado del camino y frotamos su cuerpo con barro; con este tratamiento recobró sus facultades. Volvimos a caminar y preguntar y nos respondían: “Bajen a la quebrada, a la vuelta está el lugar que ustedes buscan”.

Finalmente, a las 6 de la tarde llegamos a Pillpintoyacu. Nuestro amigo vivía en un pequeño tambo, en medio del monte, dedicado a la recolección de

mariposas finas, las que enviaba al extranjero. Esa noche, con los pies ampollados y muy cansados, dormimos sudando a chorros dentro de los mosquiteros, con los zancudos pegados en la tela. ¡Si nuestro cuerpo rozaba con ella nos clavaban sus lancetas! Estuvimos tres días atrapando mariposas y poniendo trampas para cazar animales y aves. Las trampas para cazar mariposas se hacen con una mezcla de frutas fermentadas o heces de felinos. A ciertas horas del día, las mariposas finas bajan de las copas de los árboles para alimentarse, quedando semidormidas junto a los cebos. En las noches que estuvimos en este lugar escuchamos los silbidos de los tunchis; el dueño de casa nos dijo entonces que “algunas veces pasa el maligno dejando quieto al monte con su aterrador silbido y de cuando en cuando el otorongo ronda el tambo cuando está con hambre, pero no le hacemos caso”.

De regreso, salimos a las seis de la mañana y después de un largo recorrido llegamos a la ciudad de Iquitos y allí nos alojamos en un hotel cerca a la plaza de armas. De repente, el cielo empezó a nublarse de una manera extraña. ¡Venían manchas negras desde el río! ¡Desde el monte, de todas partes! Las manchas invadieron las pomarrosas, los techos, ventanas, habitaciones, cocinas; se oían chillidos y aleteos por todas partes. Los jardines y árboles de la plaza cambiaron de color, siendo los causantes de este cambio las miles de golondrinas migratorias que llegaban a Iquitos por una corta temporada. Fuimos a un restaurant, pedimos el menú y un mozo nos dijo: “¡Hay todo lo que se ve en la lista, solo faltan las golondrinas fritas que dentro de un momento

empezamos a servir!”. Pedimos entonces paiche a la monieri, el cual nos sirvieron en amplios platos con una insignificante ensalada. Deseoso de saborear el pescado de mi preferencia, probé el primer bocado, pero como tenía un olor raro, lo mastiqué un poco y disimuladamente lo arrojé. Llamé al mozo y le pregunté si lo que nos había servido era paiche y él me respondió que sí. Ante su afirmación, fui hasta la cocina y puse mi plato en las narices del cocinero, quien, cuando le reclamé, me dijo que no era paiche sino lagarto blanco. Ante mi airado reclamo, se arremolinó la gente, intervino la policía entre aleteos de golondrinas, plumas y otros desperdicios; al final tuvimos que pagar la cuenta por la carne de lagarto que no la comimos. Ya en la calle, mis amigos me preguntaron sobre el porqué de mi furibundo arrebató. Yo les dije: Como solo pescado con escamas; cualquier otro pescado, peor lagarto, no lo paso.

Lo peor que me pudo suceder fue haber venido a Iquitos con la ilusión de comer paiche fresco y ser engañado con algo falso: “un lagarto”, ese fue el motivo de mi fugaz mal rato. Después de superar este chasco, fuimos a recorrer la ciudad y tomamos muchos refrescos para calmar el calor y la sed. En Iquitos existen bebidas muy agradables hechas con pijuayo, aguaje, ungurahui, uva, camucamu, pomarroza y muchas más. Para nuestra felicidad, en muchas casas vendían estos refrescos. Al día siguiente fuimos al mercado de Belén, donde nos sirvieron un sabroso chilcano de pescado fresco, el que lo tomamos agachados sobre el plato para que los gallinazos dejaran sus desperdicios en nuestras espaldas y no en los platos. Almorzamos en el mismo lugar

pescados ahumados con plátano asado y chapo de maduros. La dueña del puesto nos sirvió de cortesía un cogote de chanco asado al carbón y cortado en cuadritos, un plato muy agradable. Nos gustaron las diferentes comidas como la sarapatera, las sopas de sajino, majás y mono, los juanes de yuca con paiche fresco, de suri, camaroncitos sancochados. A medida que recorriamos la ciudad de Iquitos, saboreando sus riquísimas comidas y visitando varias casas flotantes, hicimos muchas amistades, quienes nos informaron sobre la forma de llegar a Brasil, bajando por el río Amazonas, referencia que despertó nuestro interés, por lo que iniciamos la búsqueda de una embarcación que nos llevaría aguas abajo. Había barcos grandes, con camarotes y comodidades, pero escogimos un pequeño bote con un motor pequepeque de 16 HP, techado con hojas trenzadas de palmeras, un pamacari. Agarramos nuestras pequeñas provisiones y nos embarcamos a las cinco de la tarde.

II

El Amazonas es un río caudaloso y turbulento que en su recorrido arrastra una ingente cantidad de agua, moviéndose en todas direcciones y se va metiendo incluso hasta en los montes.

Iniciamos nuestra bajada al ritmo del ipec! ipec!, colgados en nuestras hamacas y protegiéndonos de los zancudos con unos improvisados mosquiteros. En las primeras horas de la noche sentimos un calor sofocante, cayó un poco de lluvia, pero más tarde, cerca al amanecer, el ambiente se tornó frígido y empezamos a tiritar. Cubriéndonos con plásticos para calentarnos, en la popa de la embarcación improvisamos una fogata en la que hicimos hervir una lata con yucas y pescado que comimos al amanecer.

En la amplitud del paisaje, los rayos del sol llegan lentamente formando fantásticas figuras entre las brumas que salen del bosque, y el vuelo acompasado de algunas aves. El día se va aclarando y al mirar la superficie del agua, junto al bote, desde el fondo aparecen peces en cardúmenes, de diferentes colores y tamaños; así surgen grupos diferentes de peces, unos plateados y otros coloreados, en multitudes que crean la ilusión de que dentro del río hay sirenas muy hermosas, rodeadas de bellas criaturas.

Con los primeros rayos del sol llegamos a la desembocadura del río Ampiyacu, en donde había un pequeño poblado llamado Pebas, cerca al Fuerte Militar del Pijuayal. En este poblado contratamos un bote que nos llevó a Pucaurco, donde residen los nativos denominados Pucaurquillos, semidesnudos, con los labios pintados de verde, los rostros y especialmente la frente rojo; el resto del cuerpo con pintas negras y blancas, muy laboriosos, son expertos en la extracción, procesamiento y tejido de las fibras de la palmeta chambira, cuyos frutos también los aprovechan. En ocasiones comen los cogollos tiernos que este estado se le conoce como chonta y en algunos de sus troncos cortados y derribados hacen un criadero de suris (larvas de un coleóptero) que son gordos y agradables cuando se los comen en forma de chicharrón. Estos habitantes están ligados a la chambira de tal manera que nacen en una hamaca hecha con las fibras de esta palmera; con estas fibras también tejen sus bolsos para la caza y la pesca, así como sus coronas de plumas. Sus vidas transcurren entre hamaca y hamaca, la que llevan a todas partes; sus

familias descansan y duermen en ella y da la impresión de que se reproducen en una hamaca. Y con seguridad, las modorras de la muerte les encuentra acostados allí. Después de recorrer el pequeño poblado pedimos a nuestro transportista que nos llevara a otro lugar donde pudiéramos encontrar hombres más primitivos, petición que él accedió y nos sugirió realizar un día de surcada por el Ampiyacu para llegar a otro poblado con habitantes de caras rojas y menos civilizados.

Iniciamos nuestro viaje por este río en el que se veía muchos peces que en momentos saltaban por encima del pequeño bote. Observamos paisajes muy hermosos e inmensos árboles cuyos frutos caían en el río para alimento de los peces. Nos demoramos en llegar a nuestro destino porque había trechos en los que el bote no podía pasar (los secadores), por lo que teníamos que jalar la embarcación o empujarla. Mojados y cansados llegamos al poblado cuando ya estaba anocheciendo. Nuestra primera sorpresa fue la de encontrar a los pobladores en la playa bañándose desnudos, tranquilamente.

Con mucha prudencia atracamos y amarramos el bote a cierta distancia de los bañistas, luego el motorista fue a pedir audiencia; después de un rato de negociaciones aceptaron nuestra visita. Nosotros estábamos vestidos, pero cuando intercambiamos algunas palabras, nos invitaron a bañarnos junto con ellos. Tuvimos cierto recelo para desvestirnos totalmente, pero no nos quedó más remedio que quitarnos las ropas y ayudados por el guía, nos metimos al agua.

De inmediato el curaca ordenó a tres mujeres jóvenes, una para cada uno, que nos ayudaran a bañarnos; ellas se acercaron a nosotros, nos echaron agua y frotaron nuestros cuerpos, lo cual nos produjo sensaciones raras al sentir manos femeninas en nuestras pieles: mis dos amigos españoles, Francisco y Benjamín, no salían de su asombro pero les indiqué que a la actitud de las muchachas la tomaran como algo normal. Al terminar nuestro baño fuimos a la cocamera del curaca, siempre acompañados por las tres mujeres. Con auxilio del guía, quien nos sirvió de intérprete, nos preguntaron qué hacíamos allí o qué queríamos, pregunta que respondimos debidamente.

Francisco quería tomar alguna bebida espirituosa, entonces sirvieron masato en mocahuas de barro cocido. Nuestro guía nos sugirió que hiciéramos preparar masato y los españoles estuvieron de acuerdo; nos preguntaron para cuantos días y yo dije: para una semana.

El guía regresó a su pueblo cuando apenas empezaba amanecer y nos dejó con los nativos de caras rojas; nos quedamos recostados en nuestras hamacas en la cocamera. Estuvimos siempre atendidos por las señoritas que nos habían sido asignadas, las que dormían en el piso, sobre estereras, junto a nosotros. Esa mañana nos levantamos temprano; en el poblado reinaba un silencio casi absoluto, la gente que encontramos en la playa el día de nuestra llegada había desaparecido, estábamos el curaca, nosotros, las chicas que nos acompañaban y algunas otras mujeres. El desayuno que nos sirvieron consistió en carne asada y yucas.

Nuestra preocupación fue creciendo, pues las tres mujeres nos seguían por todas partes, inclusive cuando íbamos a orinar. Con señales, preguntamos: ¿dónde estaba el resto de la gente? Y ellas, señalando hacia el río, nos dieron a entender que por allí se habían ido.

III

El curaca, que notaba nuestra inquietud, ordenó a las tres muchachas que nos sirvieran masato y así lo hicieron; para nuestra sorpresa, cuando era aproximadamente las 10 de la mañana, oímos unos ruidos sordos que provenían de alguna parte del río, del monte del aire. ¡Eran los manguarés! Entonces el curaca entró en su habitación y con un mazo forrado de shiringa golpeó unos troncos, colgados a poca altura, luego salió y se dirigió hacia la playa, fuimos tras él y las mujeres con nosotros. Los sonidos se acercaban cada vez más y más; miramos el cauce del río hacia arriba y vimos que venían varias canoas y en ellas hombres y mujeres gritando, moviendo los brazos y remando con rapidez como si se tratara de una gran competencia. Los hombres, pintados y apenas con taparrabos, tenían un aspecto amenazante, parecían guerreros enfurecidos y dispuestos a librar batallas, sabe Dios con qué enemigos.

Nosotros, asustados, buscábamos ya por dónde correr, pues nos hacían pensar en aborígenes antropófagos que venían a comernos. Las mujeres adivinaron nuestros temores y nos abrazaron, impidiendo así que hiciéramos algún movimiento, luego nos llevaron a donde estaba el curaca. Ya las canoas estaban en la playa, completamente cargadas con hojas de palmeras, palos, sogas, pescados, carnes ahumadas, hamacas, bolsas, ollas, tiestos, etc. En un desconcertante movimiento de hombres, mujeres y niños empezaron a sacar las cosas y llevarlas a la cocamera. Sugerí a mis amigos españoles quitarnos los vestidos y nos quedamos en trusa, entonces nos pusimos a ayudar y cargamos hojas, y los nativos nos veían raros.

Después que hicimos varios viajes, el curaca nos llevó a su habitación y nos sirvió masato. Todos nos pusimos a trabajar; un grupo de hombres levantó una cocamera grande con la ayuda de niños y ancianos, quienes traían las hojas y suavizaban las sogas, trabajando sin descanso. Iban llegando más canoas con hojas de palmeras y maderas. Varias mujeres preparaban bebidas, rallaban yucas, cernían, molían y amasaban los casabes, pusieron a hervir ollas con almidón y otras especies y luego llenaban cántaros más grandes, venteándolos continuamente hasta enfriarlos, les agregaban jugos de frutas frescas y finalmente los guardaban en la sombre, tapándolos con esteras de chambira.

Otras preparaban el amasijo de casabes, le tostaban en tiestos planos y los almacenaban en canastos de tamshi. Por su parte, varios hombres, ya ancianos,

molían hojas de coca, recién cogidas, en pilones (morteros) de madera, luego lo sacaron en tiestos de boca ancha, a fuego lento. A esa especie de harina le agregaron cenizas de citulli-caspi y guardaron esa mezcla en pequeñas vasijas de boca angosta, hechas de barro cocido. A propósito del citulli-caspi, una de las bondades del bosque se manifiesta en este árbol no muy alto ni grueso, de corteza delgada, hojas lanceoladas, madera pesada y dura; cuando se le corta en trozos da la impresión de estar chorreando agua y no necesita estar rajado ni seco para ser quemado.

Uniendo a uno de sus extremos un tizón encendido, rápido prende fuego; arde lentamente aun cuando esté tirado en el suelo y los indígenas avivan su llama con un venteador para que asen carne, yuca, etc. Humea discretamente y esparce un aroma agradable que invita a compartir juntos un ambiente semicerrado usando una fogata con material que provee la naturaleza.

Dentro de la cocamera hay varios trozos de citullicaspi encendidos que proporcionan candela a cada una de las parejas que allí habitan. Cada trozo de un metro de largo por 12 a 15 centímetros de diámetro, puede durar encendido de ocho a diez días, tiempo suficiente para una masateada. El citullicaspi es un árbol de fácil crecimiento, apto a todo terreno, preferentemente en las zonas aluviales. Nosotros ayudamos también a los techadores de la nueva cocamera, la que quedó terminada cuando empezaba a anochecer; como resultado se obtuvo un ambiente semioscuro, de color verde, con olor a bosque por el conjunto de vegetales usados en la construcción, tanto en

maderas de diferentes especies como hojas de palmeras y sogas para los amarrajes. Después de haber disfrutado una variedad de carnes y bebidas, fuimos a dormir en nuestras hamacas, custodiados por nuestras acompañantes. Sentíamos haber retrocedido en el tiempo, nuestras sensaciones se aproximaban a lo que habían sido quizás los primeros días de la humanidad. Se notaba que la inocente sencillez de estos hombres, su voluntad de cooperación y repartición de las tareas se hacían sin ninguna exigencia.

El trabajo en conjunto, cada cual en su especialidad, ayudándose mutuamente, compartiendo todos sin excepciones, el rito del baño de los atardeceres sin ningún prejuicio ni preocupación, mostraban en todo momento la igualdad, sin menosprecios ni preferencias. Nuestros espíritus inquietos, los apuros y fechas, se fueron perdiendo ante las miradas atentas de nuestras acompañantes, quienes hablaban muy pocas palabras en castellano, pero al mirarlas en sus ojos podíamos notar sus deseos y voluntad de ayudarnos sin límites. No tenían mayores atractivos; eran de mediana estatura, cabellos negros y toscos, cuerpos esbeltos, casi flacas, cobrizas, semidesnudas; sus pieles maltratadas por el trabajo rudo de la chacra, el monte, el río, los mosquitos y otros insectos. Sus silencios eran absolutos; se las veía como nuestras sombras, proyectándose con la luz del sol, pero eran femeninas a pesar de esas primitivas apariencias. ¡Eran buenas compañeras! La atención que ponían para servirnos superaba a la de cualquier enfermera, camarera o lo que se pueda llamar. Daban paz a nuestras almas, calladamente sentadas junto a

nosotros, velando nuestros descansos y sueños; nos servían ricas comidas sin más utensilios que un tronco encendido, unas hojas del monte y sus manos. Comíamos junto a ellas yucas sancochadas, pedazos de carne ahumada asada y un pate de masato, superando a cualquier agasajo o menú, los manjares más finos y los mejores licores importados. Allí comimos lo que el cuerpo necesita para nutrirse, pero un gran condimento, gran presentación y la debida paz, sintiendo el verdadero sabor de los alimentos.

Comimos lo suficiente, pero dejando espacio para que la bondad, y el primitivo aprecio tuviera un lugar preferente. La gente, dueña de casa, trabajó toda la noche mientras nosotros los huéspedes soñábamos con la embriaguez de pasadas historias vividas por estos hombres del monte, los sacharrunas. Por los bullicios que se oía nos levantamos temprano y fuimos a ver la nueva cocamera que ya estaba totalmente terminadas y habitada. Habían muchos troncos verdes encendidos en el suelo y cerca a ellos unas hamacas pequeñas que parecían sillones colgados sobre dos travesaños muy separados, con una estera al lado de cada hamaca. En el recinto, que era amplio, había muchas hamacas y troncos encendidos, canastas colgadas cada cierto trecho y en un rincón varios cántaros grandes conteniendo chicha de yuca (un intermedio entre chicha y masato), de sabor agridulce y efectos rápidos, tanto en la cabeza como en el estómago, especialmente para nosotros que desconocíamos sus secretos.

IV

El poblado entró en una calma total, no se oía ningún ruido, la gente hablaba en voz baja, con los rostros serenos y caminando sin apuros. Nos ubicamos en la nueva cocamera, teniendo siempre a las jóvenes a nuestro lado. El curaca, rodeado de sus mujeres, estaba sentado en su hamaca; junto a él, sobre una estera, se veía un tinajón lleno de masato, varios pates vacíos, palos delgados del tamaño de un hombre normal, como bastones con shacapas, amarradas en uno de sus extremos, y pequeñas tinajas que contenían la coca molida, mezclada y secada. Todos estábamos sentados en silencio envueltos en las fragancias de las hojas verdes y el humo de los tizones frescos pero encendidos. El curaca llamó a uno de sus hombres y le ordenó que nos pintara; para esto trajeron dos tinajas que contenían tintes blancos y negros. El hombre empezó a pintarnos, a los españoles y a mí, trazando rayas transversales en nuestros cuerpos; después del pintado nos repartieron los bastones con las shacapas a manera de sonajas. Y también nuestras compañeras nos pintaron los labios con la harina de coca mezclada con ceniza.

Con la tenue luz que había dentro de la casa, nos veíamos hechos unos monstruos. Habló el curaca, con voz retumbante, mostrando sus labios verdes, los ásperos cabellos, piel cobriza y el vigor de su cuerpo, este último producto de las dietas y purgas. Con sus insignias puestas junto a él, agarró su chacobi que era una espada dentada de color negro, bien pulida, hecha de chonta, arma que con solo lanzarla al cuerpo del adversario era suficiente para dejar sin vida al más valiente opositor. Levantó un pate lleno de masato, bebió un sorbo, luego lo hizo rotar entre todos los concurrentes, recibéndolo nosotros con respeto y veneración. Cuando el pate, ya vacío, volvió a sus manos, el curaca prendió un cigarro hecho con tabaco sanmartinense, agradable y aromático, le dio una chupada profunda, lanzó bocanadas de humo en todas direcciones y pronunció algunas palabras como icarándonos. Luego ordenó que tocaran el manguaré, al que respondimos moviendo los bastones y dando con ellos golpes en el suelo, lo cual producía una música muy primitiva pero comprensible por los sentidos y los instintos, nuestras tres acompañantes trajeron tinajas pequeñas con masato, que nos servían.

Después de tomar una cantidad necesaria empezamos a bailar con el ruido del manguaré y las shacapas. Bailábamos junto a nuestras parejas, saltando frenéticamente y lanzando gritos, imitando a los animales del monte, sudando a chorros y sintiendo una sensación agradable al rozar nuestros cuerpos semidesnudos. Como consecuencia de este derroche de energía, quedamos dormidos recostados en las pequeñas hamacas. Cada vez que teníamos sed, bebíamos el

masato, que era agradable, como un licor hecho especialmente para la ocasión.

En el conjunto, cada uno baila con su pareja, come con ella. Se veía a los demás, con las fosforescencias de las pinturas y la leve luz de los tizones, como esqueletos moviéndose. El calor espiritual que transmitía esta gente nos tenía como atrapados y no teníamos cansancio ni aburrimiento; junto a ellos sentíamos gozo y tranquilidad al disfrutar plenamente de la libertad. Éramos parte de ellos entre frenéticas danzas, bebiendo sorbos de masato y comiendo los asados que nuestras parejas nos ofrecían; nos olvidamos del tiempo, aun del día y de la noche. El abrigo de las hojas frescas era tan acogedor, como flotando en las sombras de los árboles, transportándonos en un sueño de fantasías. A pesar de estar juntos o cercanos, mis compañeros y yo no pudimos conversar ni hacer comentarios, dedicándonos por completo a saborear el masato y la comida, absorbidos por la atención de nuestras acompañantes que estaban pendientes cuando había necesidad de arrojar desechos y ayudarnos para que la borrachera no nos desorientara y así danzábamos incansables.

Después uno queda como nuevo, la sensación de saltar junto con la pareja produce un placer puro y exótico. En las danzas en conjunto no se agarran las manos ni otra parte del cuerpo; solo al saltar se rozan los cuerpos de ambos y juntos empiezan a transpirar, luego viene el cansancio cuando se sientan y beben otros sorbos de masato. Como se está en penumbra, no se nota los rostros de las personas, todas parecen iguales por las pinturas en los cuerpos y rostros. El sonido que producen

las shacapas y los gritos frenéticos, emulando a los animales del monte, acompañado por momentos con el toque pausado del manguaré, nos hace sentir como si estuviéramos corriendo tras estos animales, tratando de cazarlos, o nos encontraríamos en una gran ceremonia dedicada al servicio de algún dios escondido en la espesura del bosque, de tal manera que la imaginación retrocede en el tiempo, sumándose a esto el mismo hecho de estar casi desnudos e inmersos en las costumbres primitivas de estos hombres y mujeres, compartiendo con ellos sus ritos, placeres, demostraciones de buena voluntad; unidos como mezclando nuestros caracteres, sentimientos y emociones, desapareciendo el rechazo a la discriminación; entendiéndonos, a pesar de no hablar el mismo idioma y transmitiendo mentalmente nuestra capacidad de convivencia. Seguíamos bebiendo, comiendo y danzando, el manguaré y las shacapas producían una música que no cansaba ni aburría.

El pausado toque de ambos instrumentos hace que el espíritu recorra espacios desconocidos y se llene de sabidurías escondidas en los ancestros de estos hombres. Fuimos a bañarnos todas las tardes, igual que ellos, desnudos, sin ocultar nada, con naturalidad; nuestros falsos pudores desaparecieron por completo. Sentimos entonces la inocencia que enaltece al espíritu, la impresión de sentirnos liberados, criaturas superiores. Así pudimos disfrutar las bondades de nuestras compañeras, frotándonos nuestros cuerpos sin ningún temor, sin malicias, ayudando también a ellas a bañarse, luego regresar a la cocamera y sentir nuestra presencia, gozando a plenitud de las pocas cosas que allí había, sin

utensilios ni muebles, camas e instrumentos sofisticados, solo lo suficiente para sentirnos completamente apartados de las falsas reglas, costumbres, obligaciones, plazos o fechas.

Es en esos momentos cuando el cuerpo tiene una comunión con su espíritu, es el encontrarse con uno mismo, es darnos cuenta que estamos vivos y que somos materia fenecible. Pero seguíamos danzando y gritando, saboreando pedacitos de carne asada, de casabe y sorbos de masato. Saltábamos lo más alto que podíamos para transpirar y alcanzar la satisfacción en unión de nuestras parejas. Si alguien que no es del grupo contemplaría estas escenas, las hubiera calificado de absurdas, incoherentes y otros epítetos más. El estar juntos hace que alguna fuerza o lazo nos una o eleve los más altos sentimientos del hombre, y así su sociabilidad queda plenamente demostrada. En los silencios de la noche, cuando el ambiente se cubría de pequeños hilos del humo de los tizones, el curaca ensayaba algún mariri que nos transportaba a una visión de los hombres en las cuevas, rogando al viento que lleve sus oraciones hasta los oídos de su dios predilecto. A pesar de su voz ronca y grotesca, parecía un canto de cuna, como tratando de hacernos dormir. En sus manos tenía un mazo con el que golpeaba el manguaré para indicar que estábamos de fiesta y las danzas continuaban.

V

Los días fueron pasando, ya era el sexto día de nuestra permanencia allí, los tinajones estaban llenándose de aire y el masato era más fuerte y agradable. Las canastas de provisiones estaban quedando vacías, nuestras parejas se encontraban más unidas a nosotros y nos sentíamos pegados a ellas. Después de varios días juntos, ya nos habíamos familiarizado. Eran criaturas vestidas de una total inocencia, obedientes a los mandatos del curaca y también a sus instintos de mujeres, de hembras de los varones. Llegó el séptimo día; esa noche bailamos con más emoción, con más confianza, hasta pudimos intercambiar momentáneamente de parejas, con mucho tino, para no motivar algún mal entendido que podría ocasionar que nuestros cuerpos fueran a parar, primero en las brasas, luego en los afilados dientes de los

pucaurquillos. Las flechas, lanzas, pucunas y la chocabi estaban junto al curaca, quien era el único responsable de nuestros actos. Amanecíamos abrazando a nuestras parejas que ya no querían separarse de nosotros. En la madrugada del octavo día terminó la gran masateada; entonces, todos juntos, al compás del manguaré, depositamos nuestros bastones y shacapas junto al curaca. Después de que él dio unos soplos con humo de cigarro y pronunció algunas palabras que mis amigos españoles y yo no entendimos, sacaron las cumbas que tapaban la puerta grande, dejando así entrar la luz. Luego salimos todos y frente a la cocamera nos dimos los abrazos finales, bebimos un pate del masato entre los allí presentes; terminada esta especie de rito nos dispersamos.

El curaca nos llevó a su casa, en donde vimos varias mujeres de diferentes edades. Una de ellas, entrada en años, estaba sentada en un banco y no tenía sus pies. Nos contaron que ella, cuando niña, se quemó en el fogón y toda su vida vivía en la casa de los sucesivos curacas, dedicada a cuidar los hijos de las demás mujeres, pues no tenía ninguno suyo. Había otras, más ancianas, que realizaban diferentes labores como hacer masato, tejer bolsas de chambira, cocinar, ir al campo a sembrar, cazar, pescar, etc. La mujer sin pies hablaba un poco de castellano, por lo que la aprovechamos como intérprete y por su intermedio le preguntamos al curaca, que ya nos era familiar, qué pasaría si alguno de nosotros tres hubiéramos tenido relaciones sexuales con las chicas que nos acompañaban.

Él contestó rotundamente: “Muy simple, se casan, o si no, mueren”. ¿Cómo?, dijimos. “Viene un cazador, le dispara una flecha y basta”. Luego le preguntamos el porqué de varias mujeres en su casa. Nos contestó sin titubear: “Esa mujer anciana que está sentada en hamaca, vive aquí muchos años, quedó viuda cuando su marido se ahogó en el Amazonas. A la mujer sin pies, nadie la quiere para su esposa. Las tres chicas que les acompañan, han venido desde Caballococha, quieren casarse; por eso viven en la casa hasta que tengan con quien casar. Las demás son madres de mis hijos”. “¿Las tres?”. “Sí, las tres”. “¿Y por qué tantas?” “El curaca es el responsable de que no existan prostitutas ni madres solteras, con hijos sin padres, o mujeres abandonadas. El marido de una de ellas murió a consecuencia por la mordedura de una víbora y como estaba embarazada, tuvo que venir acá.

“Esa es la obligación del curaca”. Supimos también que cuando el curaca envejece, si no tiene hijo que le reemplace, busca en la tribu un joven que reúna las condiciones requeridas; el elegido vive con él, aprende todos los ritos y costumbres como tomar purgas, hacer dietas, conocer las plantas, manejar flechas, lanzas, cerbatanas y la chocabi para matar a sus enemigos. La chocabi es una espada especial, de fina manufactura, hecha con madera de chonta y lo usa el curaca.

El aprendiz de curaca debe ser diestro en el monte, el río, caza, pesca, agricultura y la práctica de diferentes formas de autodefensa, buscando tener carácter firme y mesurado, cualidad que lo consigue mediante el ayuno y la meditación; es vigilado por el curaca anciano y obtiene

así el respeto y la consideración de sus congéneres. Francisco Alcántara preguntó si era cierto que comían restos humanos y obtuvo como respuesta lo siguiente: “No comemos carne humana, pero cuando vencemos a nuestros enemigos en una lucha, demostramos nuestra valentía y fuerza al celebrar el triunfo quemando o despedazando sus cuerpos, masticamos sus carnes y las escupimos en señal de desprecio, untamos nuestras armas: flechas, lanzas y pucunas con sus grasas, y nos sometemos a un ayuno masivo”. Por su parte, Benjamín Rojas preguntó “quiénes eran sus enemigos”, y el curaca replicó: “Los falsos amigos, que no respetan nuestras costumbres o se meten en nuestros montes, matan a nuestros animales o abusan de nuestras mujeres”.

El noveno día iniciamos la bajada por el río Ampiyacu en una pequeña canoa que nos prestaron. Como yo sabía manejar esta embarcación, me hice cargo del transporte, pero antes de partir dejamos casi todas nuestras ropas y algunas cosas en la casa del curaca para que él los regalara a quienes creyera conveniente. En el poblado había poca gente; nuestras acompañantes durante todos esos días, dentro y fuera de la cocamera, habían regresado a sus casas; previamente, nosotros nos despedimos de ellas con fuertes abrazos pero un poco nostálgicos. Partimos de allí para volver a encontrarnos con cosas y costumbres, muchas de ellas incoherentes y hasta innecesarias.

Después de estas experiencias, nuestra manera de ver la vida fue diferente, y nos preguntamos: ¿Qué es la felicidad? ¿Dónde se la puede encontrar? ¿En una gran fiesta, en una fastuosa residencia, en un barco, en un

avión? ¿Dónde? Aun entre las sombras de hojas frescas, con una bebida y algo de comer, acompañado por el primitivo calor humano, creo que se siente algo que se parece a la felicidad. Nuestros deseos de ser curacas y tener muchas mujeres o disponer de ellas cuando nos placiera, se fueron convirtiendo en algo imposible de alcanzar. Los ayunos solitarios en medio del bosque, tomando esencias de misteriosas plantas para alcanzar poderes y tener la oportunidad de ser un gran mandatario o jefe con muchas responsabilidades y prerrogativas, no fueron más que un anhelo difícil de realizar. “El hombre libre puede encontrar la felicidad”.

Hablar de la selva es hablar de un atractivo permanente para propios y extraños. Esto es, que la selva es un Gran Reino Verde que siempre constituye y es motivo de atracción por el solo hecho de que el hombre siente el deseo del contacto directo y de conocer este Mundo Maravilloso de encantos y misterios, cuyos variados y bellos paisajes deleitan el interés aun de los más insensibles a las cosas de la naturaleza. En la selva todo es libertad, todo es calor, todo es luz, todo es exuberancia, todo es vida.

- La selva encierra el secreto de longevidad y de la vida misma.
- El Gran Dorado de la selva no es una fantasía, ella encierra muchos grandes dorados por descubrir.
- Cuanto se diga de la Selva siempre resulta insuficiente para poder penetrar en los profundos misterios de sus intrincados bosques.
- La Selva no es un infierno verde, es un paraíso perdido, hay que luchar para conservarla para bien de la humanidad.

César Huamán Ramírez
Los Secretos de la Amazonía

¿Cómo Aprovechar La Selva?

La Selva, para continuar siendo productiva, debe ser mantenida como tal, no puede ser transformada en algo distinto sino debe ser aprovechada por lo que es con el menor cambio posible en su estructura.

***PIERRE DE ZUTTER Amazonía y
Capitalismo***

No es de hoy día la fascinación que la Amazonía ejerce en los sentidos e imaginación de peruanos y extranjeros. Seguramente hace milenios, en la aurora de las viejas culturas prehispánicas, la cálida región de bosques interminables y de ríos planetarios desafiaba la sosegada certidumbre que del mundo tenían esas gentes.

ROGER RUMRRILL

Guía General Amazonía Peruana



Las Huanganas.

Como ya era costumbre, andábamos con mi padre por muchos sitios, como él hacía algunas curaciones dándoles remedios a los ponguetes, buchizapas, tilicos y también a los gordazos, pero, casi nunca llevábamos ningún remedio; yo cargaba una canasta con algo de comer, una que otra ropa. Mi papá llevaba otra canasta más grande conteniendo un garrafón de vidrio con su tapón de topa y algunos wingos chatos, todos llenos de aguardiente de la mejor destilería que había por esos lugares. Estabilizados con nuestra cama y ropas.

Un día, íbamos de Tingo María a Monzón con nuestros recipientes llenos de aguardiente como única provisión, el primer día llegamos hasta el río Rondos y pernoctamos en la casa de un pariente, ellos tomaron aguardiente, yo dormí en la cocina; al día siguiente, después de una tazonada de delicioso café y unas yucas asadas iniciamos el viaje; iba descalzo, mi trusa azul y mi camiseta que alguna vez fue blanca, en mi canasta llevaba otro cambio igual, por lo pesado de nuestra carga y por el cansancio que sentía no pudimos avanzar, nos quedamos más arriba de Palo Acero, junto a una quebrada llamada Paujil; comimos nuestra yuca asada, él tomó más aguardiente, en un tambito de citullis nos quedamos a dormir, junto a nosotros había un árbol de sacha manzana que tiene un fruto ácido, dulzón muy oloroso, donde los animales silvestres acuden a comer; amanecimos muy perfumados y entumecidos, chupamos algunos frutos, empezamos a caminar resbalándonos en las manzanas del monte, las trochas eran húmedas y el terreno quebrado.

Después de tantas subidas y bajadas sorteando cerritos colgándonos de algunas raíces, bajamos a una gran planicie, iba con el estómago vacío añoraba los plátanos cocinados que se botan después de las comidas, con el pensamiento en algún fruto o un buen pate de masato que me dejaría satisfecho. Avanzamos muy lentamente, a este paso llegaremos a las justas, dijo mi papá; él iba feliz porque el aguardiente le tenía sin hambre ni sueño, seguimos caminando encontramos una quebrada con muchas mojarras, buscamos barbasco y encontramos cuatro raíces regulares; hicimos otro

tambito de citullis y comenzamos a construir las nasas colocándolas estratégicamente al atardecer echamos el barbasco.

Al poco rato empezaron a saltar las macanas, bujurquis, bagres, añashuas, mojarras y multitud de peces, recolectamos rápidamente porque ya se venía la noche, envolvimos en hoja de mishqui panga y los pusimos a las brasas, con la pequeña lumbre de los tizones comimos una succulenta cena de pescados al vapor sin sal con cogollos de citulli, un manjar muy sabroso y primitivo. Hicimos varios huapuches que lo asamos con esmero guardándolos para el día siguiente, mi papá seguía sorbiendo su aguardiente mientras yo dormía mi niñez. Amanecemos bien alimentados y muy temprano, con el equipaje un poco más pesado empezamos de nuevo el camino; la planicie era muy amplia y después de tanto andar parecía que no avanzábamos nada, pero la frescura de aquel inmensa manto verde con sus fragancias interminables nos tenía atrapados el día iba consumiéndose, tomábamos agua en cada quebrada, aguas frescas con sabor a esencias del bosque, mi papá calculó que a las 5 y 30 llegaríamos a la chacra de don Tito Vega, ubicada en la medicación entre Wimba y río Espina; dentro del monte siempre está sombrío, de repente oímos ruidos como palos rompiéndose, al principio pensamos en un ventarrón, seguimos caminando; en una pequeña ladera nos sentamos a descansar, los cerros estaban alejados, volvimos a oír más ruidos, como una tempestad corría un pequeño viento meciendo las ramas de los árboles, pero era un ruido diferente, seguimos caminando y

encontramos otra quebrada de orillas anchas, las raíces de los arboles mostrando su desnudez.

De pronto desapareció el ruido, pero mi papa que había nacido junto a esas quebradas y esos árboles, conocía todos los secretos del monte y recomendó no avanzar mucho pues si se rompe una rama desde lo alto no podríamos escapar, íbamos agachados con nuestras pretinas pegadas a la frente, encorvados para soportar la carga, el garrafón tenía como 40 botellas de aguardiente, cada wingo entre 6 a 7 botellas, eran 4 llenas en total descontando los sorbos que eran como 5 botellas, nos quedaba como 55 botellas de aguardiente, más el envase, la cama, los huapuches y un poco de ropa; mi papá llevaba un gran peso, mi canasta con un poco de ropa que a mis 7 años no soportaban, pero estaba con mi papá a quien le quería tanto, le cuidaba para que no le pase nada, por eso estaba a su lado aprendiendo los secretos de la vida y también del bosque; oímos como una tempestad que venía por todas partes, rápidamente mi papá bajó su garrafón y lo puso debajo de un árbol; sacó su machete indicándome que caminara de tras de él; me alzó de la cintura y me indicó que subiera él venía tras de mí, subimos a un tamalón jalando mi canasta, un zarzal con espinas lleno de hormigas y otros insectos, arañados todo el cuerpo estuvimos como a tres metros del suelo y vimos cientos de huanganas que iban destrozando con sus colmillos todo lo que encontraban a su paso, a empujones y mordiscones se llevaron la preciada canasta de mi papá, cada “chancho” le daba su empujón que al final desapareció el garrafón, la canasta, los wingos, la ropa, el fosforo y toda nuestra fortuna; nosotros pegados

a las ramas espinosas, agradeciendo a Dios que nos hayamos salvado.

Se cerró la noche, los chanchos seguían pasando sacudiendo el tronco del tamalón, amenazando tumbarnos; después de un tiempo interminable en que estuvimos izados arriba sobre las espinas, las huanganas pasaron por nuestros instintos, nuestros pensamientos nuestras vidas; traté de comer un huapuche de mojarras pero la emoción y el susto fueron más fuertes que superó al hambre el cansancio mi papá se sentía preocupado, quería bajar a buscar su garrafón en las tinieblas de la noche, las espinas no le dejaban moverse, las ganas de sorber un trago le estaba mortificando, para mí fue una noche de horas recortadas, apoyado en los brazos mi papá me sentía protegido y seguro, pero hubo un pequeño problema estos tamalones se entretejen tanto que en la parte alta se forman como pisos donde las hojas y ramas que se desprenden de los árboles forman un espacio que agrada a muchos animales, para descansar, anidar, etc., oímos cantos de pavos en las inmediaciones y se contestaban unos a otros mi papá dijo: chushupis culebras grandes corpulentas muy venenosas de escamas amarillas con manchas negras y muy ofensivas que muerden como perros, una cantó muy cerca de nosotros, mi papá recomendó no movernos para no alertarlas, estábamos helados entumecidos, arañados, subidos en el pashaquillal, pasando la noche junto a los nidos de las serpientes, pues en esos montes muchas personas habían fallecido por las mordeduras que son incurables, nuestras vidas estaban en peligro, los cantos se prolongaban en todo el monte, más cerca, más lejos,

estábamos metidos en medio de un gran serpentario, iba pasando la noche, en la quebrada cercana un tigre se paseaba muy calmadamente esperando que nos desprendamos del pashaquillal, maullando de rato en rato, dejando un silencio total por unos instantes, cuando el tigre ruge todos los demás animales se callan, ya no supimos que hacer, nuestras vidas estaban por sobre todas las cosas y seguimos atrapados en las espinas, las aves que duermen en la copa de los árboles cantaban indicando la hora, las pavas, ya la aurora estaba llegando, mi papá seguía preocupado por su garrafón y su wingos de aguardiente, mejor dicho, ya le hacía falta un sorbo del agradable y aromático licor que sumido en él podía sentir la vida desde un ángulo más llevadero; seguía asido a los brazos de mi papá, nuestros cuerpo estaban arañados por todas partes.

Con la poca visibilidad empezamos a romper rama por rama, poco a poco y con mucho cuidado y a bajar muy lentamente, teníamos pústulas en todo el cuerpo y espinas clavadas en nuestra piel, después de un buen rato estuvimos en el suelo, mi canasto, mi trusa, mi camiseta y dos huapuches de mojarras, en las brumas del bosque empezamos a buscar los aguardientes de mi papá, él estaba ansioso de encontrar siquiera un wingo, pero no había nada, en el piso húmedo y completamente trillado no había más que unos revoltijos de hojas descompuestas y barro, nos repartimos la búsqueda en diferentes direcciones, ni los wingos, ni la ropa, al rodar, el garrafón había chocado con los troncos de los árboles y se taponeo hasta hundirlo al ras del cuello, lo limpiamos con mucho cuidado y notamos la burbuja de

aire como una gran perla, seguimos desenterrándolo Y por fin apareció toda su silueta con su preciado líquido haciendo burbujas como perlas flotando en el vacío, lo enderezamos, estaba resbaladizo, con mucho cuidado lo hicimos rodar hacia un charco de agua, yo seguía la búsqueda del resto de nuestras cosas, no encontré nada, comí un poco de mojarras y con una rapidez sorprendente mi papá abrió el garrafón, metió un carrizo y sorbió una bocanada del agradable licor, saboreó por un momento, agarró su machete y cortó sogas, le hizo unas amarras y nuevamente arrancamos viaje; con mi cuerpo adolorido, con hinchazones por todas partes, con las espinas clavadas en nuestra piel, como una mascota iba tras de mi papá, no avanzaba mucho, entonces me frotó con aguardiente para calmar mis dolencias, las huellas de la huanganas habían por todas partes, llegamos a un riachuelo, lavamos nuestras heridas y nos bañamos; refrescados seguimos caminando; al medio día llegamos a una chacra nueva, un rozo donde había muchos árboles tumbados, teníamos que subir y bajar para poder pasar y caminar sobre los troncos que también tenían espinas, musgos, hormigas pegadas a las cortezas; a un costado cerca al monte, junto a los árboles que estaban de pié, se veía un tambo nuevo humeante, apuramos el paso; después de subir, bajar, gatear, llegamos a la casa de un viejo amigo de mi papá; se saludaron, conversaron y después de un sorbo de aguardiente concluyeron en que habían matado una docena de huanganas nos sirvieron sendos pates de masato que lo tomamos con mucho agrado, de inmediato mi papá trasegó un poco de aguardiente, tomaron y se

pusieron a componer los chanchos, la señora nos dijo que a la una de la mañana llegaron las huanganas y que al meterse al rozo cambiaron de rumbo, ellos desde los palos caídos mataron a las huanganas con todo lo que tenían, con hacha, machete, lanza; pero completaron la docena.

Con mucha actividad mi papá ayudó hacer el ahumado, que iba dorándose lentamente, comí un poco y me quedé dormido cuidando mis heridas que las moscas me empezaban a cundir; desperté ya por la tarde, varias cusninas despedían un aromático olor a carne asada que se prolongaba por la quebrada y todo el monte, muy temprano mi papá fue al monte y trajo sogas de tamshi con los que tejió unos canastos; uno para el garrafón y otro para poner la carne ahumada de las huanganas que el amigo nos regaló. Después de hacer los equipajes fuimos a la chacra, comprobamos que todo el yucal había desaparecido, las huanganas al pasar se habían comido todo, felizmente tenían otra chacra de plátanos cerca al río, que se había salvado; regresamos a la casa, yo muy adolorido pero reconfortado por los pates de masato y la agradable carne ahumada.

El amigo y mi papá acompañados por un sobrino tomaron aguardiente, masato y comieron carne, se emborracharon, cantaron algunos yaravíes; la señora también tomó un poco de aguardiente y hasta bailaron en la noche a la luz de los tizones; yo dormía junto al fogón para calentarme; muy de mañana tomamos más de la lechosa bebida, arreglamos nuestros bultos, dejamos unas botellas de aguardiente para el amigo; arrancamos de nuevo, otra vez engullidos en la panza del monte

seguimos caminando todo el día, el bulto de mi papa era grande y pesado, íbamos lento, descansando con la frecuencia de las chupadas, el garrafón estaba casi a la mitad, mi padre siempre metía el carrizo y sorbía otro poco, los saboreaba chasqueando los labios y colocando la tapa de nuevo.

Se estaba haciendo tarde, calculamos que no alcanzaríamos a río Espina, pero seguimos yendo, encontramos unos montaraces con sus retrocargas en las manos, cargando dos sajinos cada uno; nos sentamos, sorbieron aguardiente, comimos carne ahumada y seguimos caminando, ahora éramos 4 personas, el tambo de ellos estaba ya cerca, pero oímos venir sajinos, mi papá pidió el arma a uno de ellos, caminó un trecho en el monte, yo quedé cuidando la carga de ahumados y aguardiente, los dos hombres se adelantaron, a cierta distancia se oyó un tiro, otro y otro más, un silencio, una larga espera, porque apareció mi papá con dos sajinos, volvió al monte, regresando con dos más, luego se fue tras los montaraces dejándome al cuidado de todo; al oscurecer llegaron un montaraz y mi papá, habían ya en total 8 sajinos; llegamos al tambo en medio de un platanal, comimos frijoles con plátanos y ají, ellos comieron carne ahumada que les dimos nosotros, luego comenzaron a componer los chanchos a la luz de las fogatas y amanecieron tomando aguardiente y ahumando las carnes, yo dormí en la cocina muy junto a la fogata, me desperté como a la media noche, busqué a mi papá, no lo vi, pero percibí su olor a destilación alcohólica; por fin le ubiqué, estaba cortando y salando la carne, los otros hacían igual.

Para variar la señora sirvió un café hervido en jugo de caña que tomé hasta la última gota, hacía muchos días que no tomamos tan agradable infusión; amaneció, recibimos nuestra ración de los sajinos ahumados, rellenamos la canasta hasta el tope con sobre carga y arrancamos otra vez, ¿ A dónde íbamos?, ¿ A qué íbamos?, ¿ A quién buscábamos?, no había ninguna repuesta, pero al lugar donde llegábamos mi papá siempre estaba muy ocupado, ya sea cazando, pescando, recolectando frutos, aguajes, pijuayos, huabas y si había una persona enferma desde que llegábamos empezaba con el diagnostico, si había posibilidades de salvarlo trabajaba día y noche hasta su recuperación y otra vez salíamos sin dirección ni rumbo fijo,. Buscábamos aventuras, esta vez no teníamos cama ni vestidos, había que conseguirlo; metidos en el monte custodiados por toda clase de árboles, seguimos adelante llegando a Cachicoto un reducto de los cholones, después de tomar riquísimo masato hecho por las cholonas, lugareñas, sarnosas y overientas, dejando un poco de carne ahumada avanzamos hasta un fundo que destilaba aguardiente, allí mi papá hizo negocios, por una canasta llena de carne ahumada, nos dieron dos colchas de algodón, 2 trusas, dos camisetas, un pantalón y un buen garrafón de aguardiente, porque a esas alturas el valioso líquido ya estaba en el fondo del envase, él buscó wingos en los cicales encontrando 4 alargados, les hizo huecos, les quitó toda la pulpa y al atardecer del segundo día de nuestra llegada ya estaban listos, pedimos una yapa llenándonos con abundancia del caudal de la destilación, el dueño del fundo era un señor gordachón, colorado,

quién recibió unas recetas de mi papá para bajar su gordura y nos regaló ropas viejas que llenamos en nuestro canasto, con mis heridas casi sanas, desconfiando de las huanganas y culebras, iniciamos un nuevo viaje, a mi papá le obsesionaba algunos lugares, nos fuimos hacia una playa grande con piedras limpias, de arenas claras, más allá, burbujeante un río azul verdoso lleno de peces.

Nos instalamos bajo la sombra de un tremendo tronco con raíces y ramas que el río arrastró, estaba seco y limpio con sus aletas protegiéndonos del sol, lavamos nuestras ropas, molinos sal, asamos plátanos, hicimos nuestra pequeña posada, el garrafón seguía lleno, los tres wingos igual , de los que mi papá tomaba de a pocos; revisamos toda la orilla, los boquichicos estaban lamiendo las piedras, encontramos unos pozos llenos de peces (son las partes mansas del río que al bajar su caudal quedan aislados), hicimos un balance, teníamos mitayo para muchos días, recogimos más leñas, mi papá fue a traer plátanos de una chacra vecina, después de un buen rato regresó con dos hermosos racimos de plátanos y había encontrado un poco de huaca, hicimos unos molidos mezclando huaca con plátano asado, hicimos una pequeña pesca en uno de los pozos que encontramos, salieron varias macanas negras, rojas, amarillas con sus aletas ondulantes, preparamos unas patarashcas que comimos a la luz de la luna, dormimos sobre la arena caliente contemplando el cielo con sus miles de puntitos brillantes.

Es el mes de julio todo es sumamente hermoso, las garzas amanecieron comiendo los mayacos que no

pudimos recoger, pasamos el día revisando las piedras, haciendo figuras en las arenas, mirando dentro las aguas los plateados colores que los peces llevan sobre sus cuerpos haciéndonos notar sus tamaños y su cantidad; al día siguiente muy temprano, mi papá decidió volver a la hacienda a comprar dinamita, antes pescamos mojarras con ese presente él, consiguió un mazo de dinamita, un pedazo de mecha y tres fulminantes; tomó unos sorbos de los wingos que todavía tenían su contenido y el garrafón estaba completo y bien protegido, debajo del tronco en que nos guarecíamos, como era tan hermosa la noche, las gaviotas y otras aves caminaban sobre las arenas cantando y ensayando sus vuelos nosotros íbamos aventando piedras para verlos volar, la temperatura muy acogedora nos invitaba a dormir en cualquier parte, muy temprano nos levantamos, casi oscuro cuando recién estaban despertando las aves del río, las que duermen en las piedras, en las palizadas, en las cañabravas; nos apostamos en la cabecera de una pequeña muyuna donde los peces suelen dormir; botamos un tiro de dinamita con la tercera parte del mazo, reventó el tiro y se levantó del fondo como una sábana plateada mezclada de arena, los peces que mi papá aventaba a la orilla atontados por la explosión; juntamos muchos boquichicos, hicimos un regular montón dedicándonos a sajarlos y salarlos de inmediato, él partía y limpiaba, yo les echaba sal molida, hasta el mediodía estuvimos haciendo la salazón, lo llevamos debajo de un tronco y los cubrimos con hojas, hicimos nuestro plátano asado que comimos con patarashcas y vísceras de pescado, un manjar sumamente agradable que lo acentuamos con las

cristalinas aguas del río, él tomó unos sorbos de aguardiente; en la tarde descansamos, jugué con los insectos en las partes húmedas del arenal, mi papá revisó el río encontrando algunos peces varados en la orilla, a los que ahumamos en la noche llenando de delicioso olores la quietud de la playa, iluminada con la acogedora luz de la luna, los recuerdos de mi madre, mis hermanos que dejamos en las faldas de las cordilleras me estaban mortificando el alma, hablamos con mi papá le dije que quería ir a donde mi mamá, me aceptó gustoso, amaneció de nuevo, muy temprano lavamos los pescados y tendimos sobre las limpias piedras del río desde que llegaron los rayos del sol y calentando la playa, se sentía un agradable olor a pescado a medio secar, al atardecer recogimos nuestra pesca y pusimos en canastos que él tejió en los días anteriores; llenamos tres de ellos bien pesados como de 100 libras cada uno, mi papá fue a la hacienda a vender los pescados, hizo tres viajes, yo quedé en la playa bañándome y correteando en la arena solo, sin ver a ninguna persona, casi al oscurecer llegó mi papá después del primer viaje, estuve llorando, la soledad no me agradaba mucho, comimos pescado ahumado muy agradable y nos dormimos en el arenal cubierto con nuestras colchas, muy temprano hicimos el desayuno; plátanos maduros asados al carbón con pescado recién sacado, agua y sorbo de aguardiente y un wingo para el hambre; se fue con la segunda canasta de pescado prometiéndome que regresaría pronto, ya no jugué, pero fui siguiendo la playa hacia abajo, unos bogas bajaban a Tingo María en tres canoas, por el calor sofocante, me metí al río, ¡que frescura!, ¡que linda agua! Seguí

zambulléndome hasta el atardecer, regrese a nuestra palizada, él no llegaba aún, aticé la candela otra vez; al anochecer llego mi papá, me abracé a él y lloramos juntos de alegría de encontrarnos de nuevo, otra vez los maduros, él trajo chancaca que comí hasta hartarme, le pedí que no me dejara, que fuéramos juntos al día siguiente, pero me rogó y quedé de nuevo cuidando el pescado, el garrafón de aguardiente que estaba allí limpiecito lleno hasta el cuello con su tapa teñida desde la noche de las huanganas, no quise ir a ningún lado, estuve recostado junto a nuestras pertenencias, con el río allí cerca, pegado a las piedras, a los cascajos, a las arenas que sólo de mirarlo me invitaba a bañarme, chupando espinazos de pescado asado; fui a la orilla, venían muchos pececitos chiquitos, hasta saltaban atraídos por el olor, extendía mis manos bajo el agua y los pescaditos correteaban, si me movía un poco se iban más al fondo, invente de todo, finalmente arrastré un palo seco que flotaba en el agua y aprendí a nadar; estuve tan entretenido que me olvidé de todo, quemado por el sol regresé después del mediodía a nuestra palizada y me quedé dormido, no me di cuenta la hora que llegó mi papá él me dijo que al día siguiente nos iríamos a otro lugar y que ya tenía un poco de plata, siguió tomando sus candentes sorbos , que los wingos nuevamente estaban llenos, habían ido en la carga de pescado y regresado en las canastas vacías, muchas veces le rogué a mi papá que dejara de tomar ese licor ardiente y embriagador y siempre me decía que era el último garrafón que comprábamos y luego ya no tomaría más y que nuestras ganancias enviaríamos a mi mamá y mis hermanos, yo le

creí y pensaba nos iríamos a la sierra donde no hay trapiches, al amanecer comimos igual que los días anteriores, cargamos nuestros bultos, mi canasto siempre iba muy lleno; salimos de la playa dejando mis horas de niñez, mis experiencias y con la gran satisfacción de haber aprendido a nadar, nos metimos a un inmenso chicozal, luego al monte; sentí pena al dejar un lugar tan hermoso donde la visión es amplia, la playa, el río, el cielo, todos juntos; los árboles a lo lejos como haciendo un gran marco verde; después de una larga caminata y de tarde llegamos otra vez a la orilla del mismo río, pero, la orilla era angosta, había un gran peñón al otro lado del río, iba haciendo ruidos chocando en las piedras, pernoctamos allí detrás de unos pedrones donde había un poco de arena seca, estábamos en el puerto de Shuyana. A la mañana siguiente llegó una pequeña canoa de unos pescadores y nos llevó al otro extremo del río, embarcamos con mucho cuidado toda nuestra fortuna: 3 canastos, 2 colchas, ropas viejas y mucho aguardiente; alguna vez unos montaraces le dijeron a mi papá que entrando por el río Tamshi hasta sus cabeceras y unas llanuras, llegaríamos al río Cuchara en dos días, muchos kilómetros, más abajo de Tingo María; ese día tardamos en la casa de un señor que vivía en un claro del bosque, en un pequeño techado tenía su escopeta, sus cartuchos y sal, el resto lo conseguía en el monte, sus especialidad era hacer las mejores canoas para los bogas cachicotinos, quienes le solicitaban con mucha anticipación; él nos contó emocionantes aventuras en esos bosques; que una noche salió a cazar, se encontró con un esqueleto humano completamente

luminoso que venía a su tambo, le disparó con su escopeta, pero como si masticara las balas seguía persiguiéndole, tuvo que zambullirse al río, recién pudo deshacerse de la lamparilla; nos dijo que un día estaba yendo a buscar un árbol de buenas características para hacer una canoa, pero no encontró ningún árbol de su agrado, cuando estaba de regreso a su tambo erró el camino, apareciendo en otro lugar lejano que para regresar se demoró todo un día, siguió contando, una vez llovió muy torrencialmente, su tambo empezó a gotear y cuando escampó un poco se fue a cortar hojas de palmiches pero, al acercarse a la quebrada vio que se estaba bañando una mujer de pelos largos muy hermosa, amanecieron hablando, masticando coca, fumando mapachos y tomando aguardiente que disminuyó por lo menos un wingo, estas narraciones de este ocasional amigo que era un cholón viejo, diestro en el uso del hacha, la azuela y el machete, al que le faltaba una dentadura delantera, sin barbas, pelo erizado; tenía tal chispa para contar las narraciones que la noche le quedaba corta, hablaba muy lentamente dándole todo el significado a cada palabra, chasqueando largo rato cada sorbo de aguardiente decía tener dos esposas y que cada cierto tiempo venían las dos a pasar unos días con él, esos días dejaba de labrar las canoas y no les dejaba ver, porque si la mujer mira una canoa en construcción se rajan decía; él dormía entre medio de las dos y hablaba de cómo les calentaba la piel, los huesos, las entrañas a cada una a su respectivo tiempo, él se quedaba en la cama todo el día las mujeres se encargaban de conseguir el sustento que también sabían cazar y pescar, tenía miedo

a los ventarrones, nos quedamos 2 días con él, su amistad cada día era más grata, nos entregó su casa, su corazón, sus experiencias, nos convertimos en una sola familia. Mi papá quiso practicar el manejo del hacha y la azuela, con don Felipe Inuma fuimos a cazar, caminamos un buen trecho y empezó a silbar, chasquear, golpear las ramas alzando sus manos y aparecieron algunas aves sacudiendo las ramas de los árboles pero no le agradó ninguno, hizo lo mismo en otro lugar que fuimos, saltaron algunos monos y unas cuantas aves, pero dijo que no le gustaban y pronunció pausadamente pero fuerte ¿?dónde están los chanchos, los venados, las huanganas?, después de pasar una larga lista sin disparar ni un solo tiro regresamos al tambo llevando unas agradables y tiernas chontas, nos dijo que esa noche tomaríamos caldo de majás; así fue, me quedé dormido junto a mi papá mientras él sorbía a ratos el contenido de los wingos, oí un disparo pero no me levanté, seguía durmiendo, pasado la media noche me despertaron y tomamos un caldo de majás, una sopa muy deliciosa de carne suave y agradable ; al amanecer lloviznaba, la digestión y el frescor nos dejó muy quietos en la cama, dormimos hasta las nueve, calentamos el caldo sobrante y otro banquete exclusivo para nosotros, pasamos todo el día en el tambo, don Felipe seguía contándonos muchas aventuras de su vida, las peleas en su tribu por la posesión de la sal que sólo ellos tenían la potestad de poseerla o por territorio que generalmente se limitaba por los ríos, cierta vez un comerciante le llevó de carguero a la sierra a vender ponchos de aguas, mientras la temperatura era como en la Selva, él estuvo muy bien,

pero cuando llegaron a la región frígida no pudo seguir adelante porque se le congeló todo y se regresó botando su carga, dejando varado a su patrón. Decía que los serranos apestaban tanto que hasta los piojos les tenían asco; nos dijo que siguiendo el río Tamshi hay inmensas llanuras llenas de árboles de cedro rojo, Mohena, canela y otras maderas finas; mi papá escuchó con atención como quién va a la conquista del dorado, como quien descubre una mina de oro, en la mente de mi padre empezó a bullir no sé qué ilusiones las emociones de una gran aventura le recorría por toda sus existencia, con sus ansias contagiantes recibió las recomendaciones de don Felipe, que la carga que llevábamos era muy pesada para tal travesía, que el garrafón era incomodo, que deberíamos embolsar el aguardiente, para esto don Felipe nos regaló 2 bolsas enjebadas para reemplazar a nuestras canastas, mi papá encontró justo el envase necesario, vació todo el aguardiente en una bolsa, lo amarró y la metió a la canasta disminuyendo como 20 libras de peso, recomendó que lleváramos sal y algo de comer, el aventurero creo que no oyó nada; como tenía más de 50 botellas de aguardiente lo demás no era necesario, al tercer día oliendo a shiringa ahumada con nuestras bolsas al lomo iniciamos la gran travesía de Cerro Bamba que con mucha suerte en cuatro días cruzaríamos, después de los adioses como quien va a las cruzadas a defender los territorios de Dios y adelante al descubrimiento de las grandes extensiones de cedrales, pero antes hubo buenos sorbos de aguardiente, intercambio de coca, desvenado y experiencias, como toda arma llevábamos un chafarango I28 bien afilado y

monte adentro, la bolsa enjebada al tener poca estabilidad por el movimiento del líquido produce inestabilidad produciendo cansancio, teníamos que meter hojas secas a nuestros lomos i así continuamos camino, encontramos muchos animales frutos silvestres de diferentes clases y sabores que no podíamos comer a excepción del sanango y la chirimoya silvestre, pasamos varias quebradas de aguas frescas bañando las raíces de los árboles, encontramos pajiños, perdices, pavas, tucanes, monos, añujes, venados, que no se asustaban al vernos, se iban lentos con paso normal, ya la tarde iba avanzando, la fatiga nos estaba cansando, dijo mi papá en la próxima quebrada nos quedamos, así fue, en una pequeña planicie hicimos un pequeño techado y nos acurrucamos allí, comimos lo poco que llevábamos; ni bien se cerró la noche se abrieron las jaulas de los tigres que los dueños de la selva nos enviaban, los que empezaron a rugir cerca a nuestro techado, por toda defensa me pegué al cuerpo de mi padre y me sentía protegido, los tigres se peleaban centelleando sus ojos, parecía que se abrazaban para arañarse, mi papá estaba en posición muy defensiva agarrando el machete con las dos manos para asestarle un tajo por la barriga, sólo así dominaría al felino; los pasos del tigre eran tan cercanos que veíamos sus siluetas, definitivamente querían comernos, toda la noche estuvimos amenazados y no dormimos nada, recordaba las historias de don Felipe que peleó con un tigre, pero él se tiró al suelo antes que el tigre le de un abrazo y le cortó la barriga sacándole las tripas y regresó a su tambo cargando un otorongo que apenas podía levantar, con los pelos de punta; mi papá

siempre sorbía su aguardiente con sabor a shiringa, al amanecer se fueron los tigres, pero no se alejaron mucho, de rato en rato seguían maullando bajo la sombra de los árboles, acordamos cómo hacer para seguir adelante, mi papá cortó una palmera, sacamos unas ripas, hicimos dos lanzas largas muy afiladas, ensayamos como usarlas; con rapidez iniciamos el regreso a la fábrica de canoas, cada cierto trecho nos sentábamos a descansar, los tigres siempre estaban cerca moviendo sus colas lentamente y bostezando, seguimos caminando asediados, yo iba adelante muy despacio, estuvimos en este trance todo el día, muy tarde, casi al oscurecer llegamos al tambo de don Felipe, lo encontramos fumando muy tranquilamente su siricaipe y calmadamente nos recibió, después de unos sorbos de aguardiente contamos nuestras quijotesca aventura como gladiadores de un circo romano, como perdonados por las fieras, don Felipe nos escuchó muy atentamente, indicándonos el nombre de las quebradas y la cantidad de horas de recorrido que hay entre cada una de ellas y las características de los tigres, luego de una gran pausa y echadas varias bocanadas de humo, tomar más aguardiente y su respectivo saboreo dijo; esos tigres no se van a ningún lado, esta noche vienen a vernos, alistó sus utensilios y se puso a limpiar su escopeta a la lumbre de la fogata, comimos unos frijoles salados con plátanos sancochados; por los gestos de don Felipe era nuestra última noche de vida, estuvo callado como buscando en su mente las acciones de esos felinos que cuando tienen hambre, y están en grupo son sumamente peligrosos, se quedó muy callado con su escopeta sobre las rodillas

calentándola en la fogata, luego habló de tigres y serpientes; todo animal del monte es agresivo según las circunstancias, masticaron coca y fumando los siricaipes acordaron trasegar el aguardiente al garrafón porque la bolsa le estaba dando mal sabor, bebieron un poco más, dormí Dios sabe cuánto tiempo, soñando estar en las digestiones del tigre, usando mis más refinadas artes para pelear con las fieras. En todo este tiempo el garrafón ya tenía un vacío que llegaba casi a la mitad, esto le estaba preocupando al dueño y que no habíamos hecho nada para reponerlo. Casi a la media noche, el Sr. Inuma decidió ir en busca de los tigres solo, agarró su pillaca con sus cartuchos y cigarros, metió su machete a la cintura, sorbieron aguardiente y se fue con su cuerpo envejecido, su piel arrugada, con sus harapos encima dejando escapar sus silbidos al viento impregnándolo en la oscuridad, escuchamos alejarse, en mis adentros dije: qué manera tan fácil de despedirse para entregarse a los apetitos de los carnívoros, seguíamos metidos en el tambo, pasaba el tiempo, la ansiedad aumentaba, la pena iba sumándose a nuestra preocupación, no había ni señales del nocturno cazador, iban pasando las horas, mi papá dijo vamos, o me voy, la oscuridad era intensa; en eso se escuchó un tiro que retumbó en todos los árboles, en todas las quebradas y en todos los animales, incluyendo nosotros; poco a poco se fue perdiendo en la copa de los árboles, con nuestros corazones palpitantes, otra vez el silencio y la espera, al más mínimo ruido creíamos que ya llegaba y nada, si es que no le ha matado al tigre, don Felipe ha muerto dijo don Moisés, eso me daba pena, miedo y no sé qué más, las fragancias del

mapachomezclado con los aromas de los árboles empezó a inundar en el ambiente, no había ningún ruido, ni los pasos ni los silbidos, después de un buen rato apareció envuelto en la oscuridad la pequeña figura de don Felipe, nos levantamos y nos estrechamos en un fuerte abrazo, con su calmado proceder se sentó en su banco de remo caspi, unos sorbos de licor y al viento sus nicotinosos humos pausadamente ante nuestra ansiedad por saber qué ocurrió, nos dijo; tranquilo, tranquilo--, ahora el tigre está ocupado, tiene comida para varios días; la sachavaca estaba comiendo su machinga y ifai..... un tiro y allí está, los tigres ya deben estar comiendo, siguió diciendo que los felinos a él le conocen y si fastidian muchos les hace su mitayo y--- punto.

Después de una decena de años, a los inicios de mi juventud, regresé a ese lugar para buscar a don Felipe, desde el último lugar poblado hasta la fábrica de canoas, era de 4 a 5 horas bien andadas, él vivía solo en medio del monte virgen y conocía todos los secretos para sobrevivir en circunstancias tan desventajosas, esta vez en el puerto de Shuyana vivía una familia de cholones; al llegar allí pregunté por don Felipe el canoero, se miraron marido y mujer y muy secretamente me dijeron: la soledad en que vivía hizo que se familiarizara con ciertos animales del bosque en sus caserías (cuando peleó con el tigre y le sacó la tripa) se encontró con 4 cachorritos de otorongo, como estaban indefensos porque él había matado a su madre tuvo que criarlos, al correr el tiempo se familiarizaron tanto que juntos iban de casería y así fueron aprendiendo a alimentarse solos, y que finalmente se fueron.

Cada cierto tiempo regresaban y de nuevo jugueteando iban a cazar y les dejaba su mitayo, pero un día de muy triste recordación, mientras don Felipe trabajaba en las canoas su señora quedó en el tambo descansando y de repente llegaron los otorongos que eran adultos y los 4 le dieron un abrazo a la señora devorándola en pocos minutos. Don Felipe al regresar encontró el triste espectáculo, no pudo hacer nada solo se limitó a recoger sus restos y enterrarlos, los tigres se fueron y no regresaron por un buen tiempo, don Felipe recibió otras visitas igual que nosotros y en la misma forma les mandaba al lugar de los cedros y generalmente no regresaban, siendo devorados por los felinos, él lo hacía al propósito, porque en el fondo de sus sentimientos los quería a los carnívoros y no tenía valor de matarlos; con este relato se conformaba la actitud de don Felipe cuando nos indicó por dónde ir, casi era premeditado; seguía narrando el cholón, hacía pocos años que ellos habían ido a pedirle una canoa llevándole hachas, fósforos, sal y plátanos, pero fue grande la sorpresa al llegar, los 4 tigres estaban jugueteando en el tambo; hicieron disparos de abancarga ahuyentándoles, al acercarse encontraron los huesos de don Felipe regados por el camino, lo juntaron, hicieron un hoyo y lo enterraron, su escopeta estaba tirada en el suelo con el gatillo abierto, no le dieron tiempo de defenderse, ellos recogieron el arma y lo tenían en su poder, me dijeron que ni me animara a ir por que los tigres no me perdonarían, no quisieron ni acompañarme, tenía deseos de ver por lo menos su improvisada tumba y que tal vez escucharía sus silbidos, chasquidos o el humo de sus cigarros que lo fumaba con

tanta devoción saboreando cada partícula, llamando a los animales desde algún árbol o de sus canoas a medio hacer; ante la amenaza de muerte tuve que desistir muy a mi pesar porque en el monte todo puede ocurrir.

En el monte siempre hay sorpresas.....

La runa-mula amiga.

Carlos Tafur Ruiz cuenta que un domingo estaban unos amigos reunidos en un bar celebrando el cumpleaños de un compañero de trabajo. Entre cerveza y cerveza, remojando sus palabras, conversaban acerca de los personajes mitológicos de nuestra selva, sus manifestaciones y apariciones. Se acordaron del maligno, del tunchi, la lamparilla, el chullachaqui, la runa-mula entre otros, dando a sus relatos el carácter de verídicos.

Solo Juan, uno de los allí presentes, se mantenía en silencio, casi ajeno a lo que los demás charlaban, demostrando estar algo preocupado.

Al verle así, uno de ellos se atrevió a preguntarle: Qué pues tienes, cumpita, cuál es tu problema. Juan le

confesó que tenía una urgencia de dinero, que su plazo se vencía el sábado y no sabía cómo conseguir lo que necesitaba.

El amigo, que estaba enterado de los deslices amorios de la esposa de Juan, en son de broma le dijo: Pero por qué sufres tanto, si por la esquina de tu casa pasa la runa-mula los martes y viernes a medianoche.

Tú le esperas a esa hora y cuando ves que llega, sales a su encuentro y le cortas, porque dicen que el apero, las riendas y el correaje que esas noches lleva ella es todo de oro; haciendo esto puedes salir de la pobreza.

Juan, en tono serio, replicó:

Loco ya te veo; ¿y si le corto a mi mujer, ah?

La runa-mula sagrada.

La runa-mula, a diferencia del chullachaqui o sacharuna, es un personaje mitológico cuyo hábitat ha sido, y es, un centro poblado y su origen tiene una motivación religiosa (cristiana) pretendiendo atemorizar a las mujeres que tienen relaciones carnales con hombre casado, con el compadre espiritual o con sacerdote. Pero el ser humano siempre es proclive a ir por el camino prohibido. Por algo dicen: “Compadre que no afana a la comadre, no es buen compadre”.

Sobre este ser sobrenatural, incluimos tres textos, los dos primeros extraídos del libro AMAZONÍA, MARAVILLA NATURAL DEL MUNDO, cuyo autor es Benito Antonio Palacios Solsol, y el tercero relatado por Carlos Tafur Ruiz. Por buscar hombre sagrado,
su falta purga en vida;

Con jinete infernal montado,
y en chúcará mula convertida.

La desenvoltura y liberalidad del poblador de la selva, es el producto de la naturaleza exuberante del trópico tórrido y ardiente. En nuestra región todo es vida, alegría y espontaneidad. Sin embargo, existen frenos o límites que se respetan, como resultado de la educación familiar y la moral.

No obstante, como en todas partes, suelen presentarse casos aislados de algunas mujeres que vencidas por la pasión, no ven obstáculos para llevar adelante sus impulsos amorosos, aun con sacerdotes, con personas casadas, o con sus propios familiares. Estos casos son reprobados por los demás pobladores, quienes ven con espanto estos amores, que generalmente se mantienen a escondidas, porque los autores son conscientes de lo que están haciendo.

Se cree que la mujer que convive con un cura, con un hombre casado, con su cuñado, suegro, o llega a tener relaciones sexuales incestuosas con un pariente más cercano, se convierte a la media noche de los días martes y viernes, mientras duerme, en una mula que sale a correr desbocada, llevando como jinete al demonio, que le pega despiadadamente con las riendas.

Esa mula, encarnación temporal del alma de la mujer pecadora, se llama “runa mula”, que exterioriza su furia y vergüenza, botando candela por la boca y por el ano.

La montura sobre la que cabalga el demonio y las riendas con que guía a la mula y la castiga, son de oro. Por eso muchas personas han hecho—sin éxito—el intento de cazar a la “runa mula” y apoderarse de ése tesoro .No obstante, frustrados en ése intento, la han herido con palos o machetes.

Al día siguiente, han creído reconocer a la pecadora en alguna mujer del pueblo, con sospechas sobre su conducta y que coincidentemente, presentaba en su rostro y cuerpo, las huellas de las heridas recibidas.

El mensaje de la leyenda de éste personaje, es obvio, va encaminado a escarmentar o limitar por el miedo, a quienes se vean en la tentación de caer en esa clase de situaciones

La extraña historia del cura seglar Joseph Vásquez:

Sobre éste religioso secular, compañero del Padre Richter en su reducción de los cunivos y que acabó también muerto por los nativos, se ha tejido una historia, que corregida y aumentada, parece haber sido el origen de la conocida leyenda de “La Runa Mula”, que se cuenta en toda la Amazonia.

Se decía que éste sacerdote, había llegado a Borja, sin que se sepa de dónde, negándose a contestar cuando le preguntaban sobre su identidad y origen. Sólo contestaba que venía de muy lejos y que era un pecador. Comía poco, dormía en el suelo y se metía hormigas bravas dentro de la ropa para torturarse. Tan sólo

muchos años después de su muerte, se creyó descubrir el origen del Padre Vásquez, al publicarse en Méjico “La vida del Padre Salvatierra”, con el que se le identificó. Se trataba de un religioso joven y rico, no mal parecido, que tuvo la debilidad de vincularse amorosamente con una bella mujer.

Tenía ése eclesiástico, un íntimo amigo y compadre, que era herrador de mulas y estaba al tanto de todas sus calaveradas. Una noche, el herrador fue despertado a altas horas por dos hombres, que dijeron venir de parte del cura, quien mandaba una mula para que le pusiese herraduras, pues tenía urgencia de viajar por la madrugada. Sólo por la estimación que le tenía a su compadre, el herrador cumplió con el pedido a pesar de lo incomodo de la hora. Buen trabajo le costó, sin embargo, colocar las herraduras a la mula, porque se encabritaba y relinchaba desesperadamente y los hombres que la conducían, la maltrataban cruelmente para dominarla.

Al día siguiente, el herrador fue a la casa del cura para averiguar a dónde había viajado con tanta urgencia. Asombrado comprobó que el cura no había hecho ningún viaje y que aún dormía. Molesto, entró a su dormitorio y le reclamó por haberlo hecho trabajar a la media noche y sin necesidad.

El cura, más asombrado aún, le contestó que él no había mandado ninguna mula a poner herraduras y acto seguido, sacudió a su amante que dormía a su lado, para que escuchara lo que había venido a decir su compadre.

Grande fue la sorpresa y el terror de ambos, al hallar a la mujer muerta, con las manos y pies sangrando, y con las herraduras todavía clavadas.

El cura espantado, a medio vestir, dejó su casa y fortuna y salió sin rumbo, escapando del lugar.

Esta historia no está certificada por lo que no se le puede dar mucho crédito, pero se dio por cierta en su tiempo, y circuló profusamente en la selva. Yo pienso que ese cuento es el que dio origen a la leyenda de la “Runa Mula”.

Tabalosos, 1940

El boato religioso del pueblo de Tabalosos que tiene como patrona a la Virgen de La Natividad que celebra su fiesta el 8 de setiembre de cada año, hacía que muchas personas viajaran a este pueblo para asistir a la misa y procesiones para pedirle sus bendiciones y milagros. Las travesías eran por caminos de herradura y en muchos casos fluviales, por los ríos Mayo, Huallaga y otros. Era una peregrinación obligada para cumplir promesas, pedirle a ella bendiciones para purificar sus almas, algunas por pecados imperdonables pero la Virgen tenía fama de milagrosa y bondadosa. Todos los años, en la primera semana del mes de setiembre, llegaban comerciantes ambulantes, turistas y también toda clase de mercancías; los riojanos se caracterizaban por su artesanía en paja de bombonaje muy apreciada

como carteras, monederos, y sombreros, la cerámica de arcilla, patrimonio de los habitantes de Lamas, comestibles, rosquitas de almidón, panes de maíz, como puchcos, bizcochuelos; carnes ahumadas y muchos comestibles.

De esa multitud de gentes, una señorita se quedó a residir en Tabalosos poniendo un pequeño establecimiento para la venta de licores, instalando mesas, sillas y otros utensilios haciéndose muy conocida; cuando creció el negocio contrató empleadas para la atención a los clientes, obteniendo fama por ser un lugar muy concurrido, porque atendían solo mujeres jóvenes y esto agradaba a los clientes que asistían a tomar chuchuwasha, siete raíces y muchas otras bebidas pero la atracción era la calidad del servicio y la juventud de las meseras. La dueña era muy estricta, evitando los excesos de confianzas, estaba siempre muy ocupada y no daba oportunidad de hacer amistades.

Como en los pueblos chicos todo se sabe y también se inventa, la prensa de puerta en puerta empezó a funcionar, diciendo que no era mujer sino hombre, otros la tildaban de bruja y aseveraciones negativas; ella, en la parte trasera de la tienda mandó construir un ambiente para hacer macerar sus licores y siempre estaba elaborando nuevos sabores, para ello se proveía de materia prima, cortezas, hojas, lianas, aguardiente y otros insumos muy discretamente, generalmente los proveedores llegaban de noche, cuando el pueblo quedaba descansando. Empujados por la curiosidad, la envidia y otras ideas, algunas entonces se acercaron a la

casa de la tesorera de la iglesia a exponer sus dudas y preocupaciones; como respuesta, ella se ofreció para ir a Lamas y hablar con el párroco, quien tomó en serio la noticia y prometió ir a Tabalosos.

Algunos días después llegó el religioso enterándose in situ de los rumores que existían con respecto a la cantinera; la curiosidad siguió aumentando y los licores se vendían diariamente, volviéndose un lugar de encuentro para muchos hombres que pasaban la noche tomando y hablando con las chicas que atendían, preguntando siempre por la misteriosa dama dueña de la cantina.

El párroco fue hasta la tienda de los licores y compró vino de San Antonio que la dueña le atendió personalmente dándole una imagen de bien educada y correcta dama borrando todos los malos entendidos y calificándola positivamente. Pero las noticias seguían creciendo tanto por parte de los hombres como de las mujeres diciendo que era una monja, una divorciada; las señoritas que trabajaban en la cantina estaban prohibidas de hacer comentarios, hasta que una noche unos trasnochados vieron algo extraño en el camino como una acémila que iba muy apurada, estos hombres acordaron descubrir el misterio se escondieron en las inmediaciones y apareció el extraño personaje, solamente vieron un animal con cuatro patas, cabeza de mujer y se asustaron tanto que estuvieron a punto de desmayarse, el jinete era un hombre pequeño sosteniendo en sus manos una rienda con la que sujetaba

y azotaba al extraño animal y se perdieron siguiendo el camino.

Otra noche, dos de los amigos decidieron enfrentarse al fenómeno y alistaron un látigo de cuero, una máscara, grilletes para sujetarla y un garrote para defenderse. Los dos se fueron a la cantina a seguir tomando, llegó la medianoche y los valientes se dirigieron al camino por donde pasaba el extraño animal; cuando este llegó, uno de ellos salió de improviso y de un palazo tumbó a la mula, le azotó fuertemente y le echó pintura, luego la dejó que se vaya, entonces nuevamente el jinete cabalgó y se la llevó.

Esa noche quedaron solamente los dos parroquianos quienes como a las dos de la mañana oyeron los sonidos que hizo el misterioso jinete cuando llegó a la puerta de la chingana y dejó a la mujer en estado calamitoso por lo que los dos borrachos la auxiliaron llevándola a su cuarto, comprobando que la misteriosa dama era la dueña de la cantina. Las muchachas que trabajaban allí ya sabían de esos hechos que en varias oportunidades habían ocurrido. En completo secreto las empleadas se encargaron de curarla, pero los tres amigos ya conocían la verdad. Después de unos días de silencio, la mujer desapareció.

La runa mula de partido alto - Tarapoto

Una señorita con sus 30 abriles; dos curas y el galán apasionado.

Una dama muy devota de los santos, una vez por semana asistía a la iglesia, siendo la primera en llegar y confesarse, y por su puntualidad tenía privilegios convirtiéndose en asistente del cura, le alistaba su indumentaria, ayudándole a vestirse, poner en orden los utensilios sacros, hasta que logró tener mucha confianza por sus cualidades religiosas, llegando a compartir favores como préstamos de dinero; al pasar el tiempo y estar tantas veces solos después de los servicios religiosos fueron hilvanando sus sentimientos íntimos, finalmente los placeres sexuales que fueron frecuentes.

Un día la señorita decidió ir a otra iglesia y conoció a un nuevo cura; como ya sabía las costumbres, se acercó a él y le manifestó sus deseos de ayudarlo, ofrecimiento que el cura aceptó gustosamente, pasadas unas semanas y después de la confesión de sus pecados, el hombre santo le propuso perdonarle todos sus pecados, lo cual ella aceptó gustosa. Tanto ir y venir en esto de celebrar misas y oraciones, la mujer quiso saber si su alma estaba limpia, pero después de largas conversaciones y muchos consejos cada vez sintieron mayor intimidad y llegaron a complacerse mutuamente. Ella preguntó ¿cuándo las mujeres se convierten en mulas? y el cura dijo: “si no te acuestas con otro cura, no pasa nada” Esta respuesta repercutió en su conciencia y alteró su tranquilidad, tuvo el temor terrible de hacerse mula y recorrer los caminos al encuentro del mismo espíritu del mal y hacer carreras en la misma puerta del infierno para deleite de Satanás.

Perturbada en sus pensamientos se dedicó a averiguar de esas experiencias que habían tenido las otras mujeres del cura, descubriendo relatos macabros, de tumbas, cementerios, entierros y finalmente brujos, todos emparentados en prácticas diabólicas, le dijeron que por lo que había hecho, podría convertirse en una mula, visitó brujos, tomó pócimas, siguió muchos rituales, puso velas a los santos y fue pasando el tiempo, empezó a sentir un deseo de salir en altas horas de la noche.

Como toda mujer joven, tenía pretendientes y uno de ellos consiguió los favores de Melina, que así se llamaba la candidata a runa. Un día viernes asistió a la

casa del galán, él la recibió con aprecio y bebieron algunas bebidas energizantes; entre copas, besos y abrazos, cuando llegó la medianoche oyeron un extraño silbido, en la calle, las calles de Tarapoto estaban desiertas y la casa del galán estaba en un lugar poco transitado, donde disfrutaban de la brisa de la noche; la mujer salió a la calle y allí en forma intempestiva comenzó a revolcarse en el piso, luego se convirtió en mula y de manera abrupta fue cabalgada por un extraño personaje brillante, reluciente, e inició una veloz carrera hacia el cerro.

Al pasar los días los dos curas empezaron a preocuparse porque la asistenta no aparecía y empezaron cada uno a hacer sus averiguaciones, preguntando a las feligresas por la devota, sin obtener ninguna respuesta favorable; mientras tanto, la mujer convalecía de los maltratos recibidos.

Cuando pasaron cuatro semanas, ya mejor de salud Melina, fue a visitar al cura de Partido alto, quien le manifestó su extrañeza y ella le dijo que se había accidentado, entonces el clérigo cerró las puertas del templo se puso su indumentaria, agarró un crucifijo y roció el cuerpo de la asistenta con agua bendita rezando en latín; al sentir esto, la mujer se embraveció, atacó ferozmente al sacerdote, hizo destrozos, rompiendo cuanto objeto había con una fuerza descomunal, logró abrir la puerta y huyó. El cura estropeado brutalmente fue a parar en el hospital para curar sus heridas, la runa-mula le había pateado sin compasión

La runa-mula de Pucallpa

En el año 1957, don Antonio Pérez Zagaceta tenía 18 años. La señorita Anuna 35 años, el compadre 45 años.

En Pucallpa, un grupo de jovencitos en su afán de conocer amigos y amigas, tenían necesidad de lucir un cuerpo atlético, por eso practicaban el fútbol y lo hacían en el aeropuerto que se encontraba muy cerca de la ciudad. Por el excesivo calor diurno jugaban en las noches, sobre todo en verano con la luz de la luna, práctica a la que se iban sumando otros jóvenes. Así fue pasando el tiempo, pero el grupo de amigos se quedaba después de los partidos para beber aguardiente, ya que habían trapiches con alambique en el entorno que destilaban esta bebida espirituosa, hablando y bebiendo

se pasaban varias horas. Una de esas noches oyeron el relincho desesperado y persistente de una mula, entonces uno de ellos dijo que era una “runa-mula” y les entró la curiosidad de saber qué figura tenía, se organizaron los cuatro amigos para descubrir al misterioso personaje. Esperaron infructuosamente muchas noches, querían atraparla y amarrarla con una soga y llevarla a la ciudad y exhibirla; la espera fue larga, la curiosidad los llevó a continuar la espera, fueron atando cabos para conocer en qué ocasiones salía la mula, llegando a descubrir que era entre la medianoche y el amanecer, información que ellos recogieron de personas mayores de edad y también les dijeron que las fases de la luna influían; especialmente el cuarto menguante.

Con estos datos los jóvenes continuaron con su espera hasta que una noche, después de un emocionante partido de fútbol, los cuatro amigos se quedaron en el aeropuerto a refrescarse con la brisa y beber un poco de aguardiente; por la fatiga y el alcohol se quedaron dormidos. Entre sueños oyeron el relincho que tanto esperaban pero la mula dio un salto sobre sus cuerpos que estaban tirados en el suelo y se alejó rápidamente arrastrando una gruesa cadena de metal blanco; el “Jinete” azotaba al animal con energía, arrancándole quejidos lastimeros, lo que vieron y oyeron sentados en el suelo.

Los jóvenes, desengañados y perplejos, hicieron el recuento de las andanzas de la runa-mula, cambiaron de estrategia y se organizaron, guardando el secreto y con

mucha cautela continuaron con la rutina de esperar y esperar, consiguieron una soga más larga y un machete bien afilado. En esos años Pucallpa era un pequeño poblado habitado mayormente por aborígenes de diferentes etnias selváticas y un lugar de tránsito entre la costa y la selva por trochas carrosables, que entraban camiones de poco tonelaje para llevar la madera a la costa y un tránsito muy activo por el río tanto hacia el alto y bajo Ucayali en toda clase de embarcaciones, llegando por los tributarios a diferentes comunidades de indígenas.

La ciudad de Pucallpa, asentada en una gran planicie de tierra arcillosa de color rojizo, con las lluvias se convertía en lodazales gigantescos limitando la agricultura y transporte terrestre, el río Ucayali sin un curso conocido, con sus riberas cambiantes y sus poblaciones migratorias de acuerdo a los caprichos de las aguas. Sus atractivos eran la cerámica, el tejido y la gran variedad de artesanías, de fino acabado en toda clase de materiales, la abundancia de pescado, carnes del monte y frutas.

Los cuatro amigos siguieron esperando, con las normas ya establecidas; provistos de aguardiente, sogas y un machete bien afilado esperaron a la misteriosa mula. Llegó la medianoche, la luna se nubló un poquito y llegó la hora, escucharon un relinchar en sus narices y uno de los jóvenes se paró al frente como obstruyendo el camino. La mula se paró en sus patas traseras pretendiendo embestir con las delanteras pero en ese momento el que estaba atrás le propinó un machetazo en

el glúteo del lado derecho, el jinete castigó a la acémila con una cadena de plata y se alejaron a todo galope.

Con la primera parte del trabajo concluido, a los jóvenes les quedaba seguir esperando y por eso continuaron yendo al aeropuerto, jugando al fútbol y no volvió a aparecer la señora mula. La incógnita se apoderó de las mentes de ellos y la pregunta constante era, ¿se habría ido el jinete al infierno montando a su sufrida pareja para no volver?

Entonces comenzaron a caminar por la ciudad, yendo por las orillas del río donde habían canoas y plataformas de maderas para bañarse o recoger el agua, sentados allí se hacían mil preguntas, cada vez más intrigantes, fueron a la gobernación, contaron su historia al gobernador, quien les miró, les escuchó, pero como él no vio nada y tampoco oyó, abruptamente les invitó a dejar su oficina; decepcionados, los cuatro continuaron sus búsquedas, siguieron con la rutina del deporte. En esos andares, uno de ellos oyó de cierta fémina que se había accidentado al ir al río a lavar sus trapos y que se había producido una herida en una de sus piernas, averiguaron quien era, y lo único que supieron fue de una mujer que se había ido a un poblado bajando el Ucayali.

Uno de los jóvenes tomó la iniciativa de ir en su búsqueda, llegando al caserío de Barquillo en donde, después de caminar de casa en casa haciéndose pasar como enfermero, no encontró a la supuesta Anuna, pero en la orilla del río donde habían varias mujeres lavando en unas canoas, una de ellas tenía la pierna vendada,

entonces se acercó a ella y averiguó la razón del vendaje y la señora explicó que en Pucallpa, al ir al río a sacar agua, se resbaló en la greda de la orilla, lo que le produjo unos rasguños. Cuando el joven insistió en verlo, la señora accedió efectivamente eran rasguños que ya estaban sanando, por lo que él, convencido de su error, regresó a Pucallpa, entonces los cuatro se dirigieron a la parroquia.

En esos tiempos en Pucallpa los servicios básicos eran muy deficientes, de tal manera que el agua se traía del río y los lavados se hacían allí. Las orillas eran unas alturas por eso se pusieron tablas como escaleras, las que eran muy resbalosas por la greda roja; en horas de la mañana y en la tarde se producía un desfile masivo a las riberas del Ucayali, este desfile de cántaros (tinajas) y mujeres era como un ritual obligado de todos los días por el sofocante calor de esas tierras, había un mercado flotante de comestibles, leñas, carnes, pescados, frutas de palmeras, tortugas, reptiles, animales silvestres y aves; en fin, un gran conglomerado de productos selváticos. Los cuatro jóvenes sentían llegar el fin de sus pesquisas.

La runa-mula había desaparecido por completo, pero así desganados seguían practicando su deporte favorito y después de cada evento, tomaban un poco de licor y hacían comentarios de los acontecimientos de la ciudad, de sus amigas preferidas y en eso hablaron de las mujeres del cura, riéndose burlescamente de los hijos de él y así acordaron ir a preguntarle a él que si alguna de sus mujeres había sufrido algún accidente, ensayaron el

libreto y una tarde, bien bañados y vestidos, fueron a la casa de tan importante personaje, pero por los temores de ser rechazados y perder la última oportunidad que tenían para saber quién era la runa-mula, fueron primero a la plazuela que había frente a la residencia del hombre santo, esperaron que refrescara un poco con las brisas que venían desde el río, aprovecharon que el jardinero se puso a trabajar, se acercaron y pidieron audiencia, siendo aceptados.

El cura los recibió como a deportistas por el aspecto que tenían y les conversó con amenidad, preguntó a qué se debía esa visita, pero envueltos de nerviosismo no pudieron hablar ni preguntar, le entró la curiosidad al cura y los invitó a confesarse uno por uno, y los cuatro coincidieron en decir que se creían criminales por haber matado una runa-mula y querían que los absuelva, él les ofreció el perdón y que no era pecado matar al demonio. Con estas aseveraciones regresaron totalmente confundidos.

Pero la búsqueda continuó con más interés, casa por casa con toda clase de pretextos, caminaron por toda la ciudad distribuyéndose las calles, y nada. Se sintieron fracasados hasta ese momento pues todos los intentos fueron nulos. Una anciana vivía muy cerca al puerto acompañada por su nieta a la que uno de los jóvenes la cortejaba y ella le puso en contacto con la octogenaria a quien le contó lo sucedido; como ella era sabedora de muchas historias y estaba relacionada con mucha gente, empezó atar los cabos, conocía a todas las mujeres que

dormían con el cura, con el sacristán, con las autoridades, les dijo que vuelva al día siguiente.

Feliz por la oportunidad de estar junto a la chica de sus amores, él informó a sus amigos las versiones de la abuelita, entonces creyeron haber encontrado la clave, fueron a practicar deporte, tomaron aguardiente, dormitaron sobre el suelo y días después la abuelita mencionó dos posibilidades.

Los jóvenes, con aires de triunfadores, fueron a la primera casa que la abuela indicó, pero nada. Quedó la última posibilidad que era la de visitar la casa donde vivía una madre soltera con su hija de 6 años de edad y se llamaba Anuna; fueron allí y se sorprendieron ante la negativa de la mujer que la cuidaba de dar información alguna. Uno de los jóvenes dijo ser curandero, entonces les dejaron pasar al interior de la casa y encontraron a la fémina sumamente enferma, con una tremenda herida en sus nalgas; el curandero habló con ella de su lesión y dijo que se había caído al ir por agua; el corte era profundo, muy infectado, con malos olores y un estado anímico deplorable.

Preocupados decidieron salir en busca de un sanitario y un médico, pero Anuna le rogó al falso curandero que no hablaran con las autoridades, pues el temor la tenía escondida.

Desesperados regresaron donde el cura y le narraron lo que habían sabido y visto y este se alegró porque esa mula no era de él. Sin embargo se vio obligado a asistirlo

para exorcizarla y sacar al competidor a como diera lugar; en las sesiones de exorcismo la mujer hablaba incoherencias y se ponía muy furiosa, el clérigo y su sacristán le rociaban con agua bendita, rezaban y esparcían sahumerios. Para que la gente no se aglomerara la llevaron a un recinto cerrado, en donde la mujer se incorporaba y atacaba al cura botando espuma coloreada por la boca. Después de varias sesiones, cuando dos sacerdotes lograron al final sacar al demonio, el espacio se llenó de humo con fuerte olor a azufre y Anuna quedó liberada de la posesión diabólica, confesando públicamente que se acostaba con su compadre, el padrino de su hija.

“Buena mula era la señorita Anuna”.